531

LOS AMORES

DE

ALARCON.

Poema Dramático

EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

ORIGINAL

De Alfredo Chavero.

Otro primer apunte.

14

MÉXICO.

Tipografia de Gonzalo A. Esteva.
Calle de Santa Isabel, número 2.

1879.

LOS

AMORES DE ALARCON.

LOS AMORES

DE

ALARCON.

Poema Dramático

EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

ORIGINAL

De Alfredo Chavero.

MÉXICO

Tipografia de Gonzalo A. Esteva.

Calle de Santa Isabel, número 2.

1879.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá representarla ni reimprimirla sin su consentimiento.

México, Junio 1.º de 1879.

Al Sr. D. Luis Fernández-Guerra y Orbe, de la Academia Española.

A vd., muy estimado amigo, que tras largas veladas y fructuosos estudios nos ha presentado redivivo á nuestro ilustre dramático; á vd. que ha llevado su benevolencia para conmigo, hasta llamar á mi humilde pluma adestrada y maravillosa; á vd. que es hoy el modelo del habla castiza y de la galanura del lenguaje; dedico el presente trabajo, inspirado en la más castigada de sus obras, y de la que en varias ocasiones áun las mismas palabras he tomado.

Bizarría ha sido en vd. aceptar mi dedicatoria; gratitud en mí el ofrecerla.

Permítame vd. con este motivo, que le repita las seguridades de mi sincera amistad.

ALFREDO CHAVERO.

PERSONAJES.

D. JUAN RUIZ DE ALARCON.
JERÓNIMA DE BÚRGOS, comedianta.
JUAN MORALES, autor de título.
JUSEPA VACA, su mujer, comedianta.
EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
EL DOCTOR SUÁREZ DE FIGUEROA.
QUEVEDO.
MONTALBAN.
MIRA DE AMESCUA.
VÉLEZ DE GUEVARA.
SALAS BARBEDILLO.
ANDRES DE CLARAMONTE.
UN CRIADO DEL CORRAL.
COMEDIANTES, CORCHETES Y COMPARSAS.

La escena pasa en la villa de Madrid, en el corral del Príncipe, el año de 1619.

609422

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/losamoresdealarc13314chav

ACTO PRIMERO.

Tablado del corral.—Decoraciones y utensilios en desórden.—Sillas de madera blanca.—Mesa de idem, con carpeta de balleta y útiles ordinarios de escritorio.

ESCENA I.

JUAN MORALES, ESCRIBIENDO.—DESPUES VILLAMEDIANA.

MORALES. (*Suspendiendo su escritura.*) Ufanaos con las glorias del labrador Isidro, piadosos madrileños. Cuéntanme que centenares de poetas discurren en su celebridad versos famosos; que se afanan los polvoristas en arreglar ruedas y cohetes; y que se prepara procesion de pendones, cruces, cofradías, clero, alcaldes, regidores y alguaciles de cuarenta y siete villas y lugares, con ciento cincuenta y seis estandartes, diez y nueve danzas, y muchos ministriles, trompetas y chirimías. Bien hizo la santidad de Paulo V con decretar la beatificacion. Con razon los plateros terminan á toda priesa el arca suntuosa en que han de depositarse las reliquias del santo, y que, sin poner en cuenta la mano de obra, cuesta ya diez y seis mil ducados. Buena pro hayan; que yo habré la mía, si la famosa comedia que preparo para el día de la fiesta, agrada tanto á los piadosos como á los mosqueteros y á los señores, más que por sus espadas, de temerse por sus pitos y llaves con que á silbos hunden cualquiera comedia. No así con la que entre manos traigo; que dícenme que será protegida por la hueste mujeril; y ante hueste tal, pitos y llaves cállanse, y sólo suenan corazones con palpitar violento.

VILLAMEDIANA. (*Entrando.*) Guárdete el cielo, Juan Medrado.

MORALES. Déjese de burlas el señor conde, que bien sabe que me llamo Juan Morales Medrano; que de medrados ya no es tiempo, ni los hay ya por la villa.

VILLAMEDIANA. Zumbon estás, Juan. Mas díme: ¿cuándo llegaste? ¿cuánto tiempo estarás aquí? ¿qué piensas hacer, y?.....

MORALES. Y qué comediantas tengo: ¿no es verdad?

VILLAMEDIANA. Pues bien, sí: quiero saberlo.

MORALES. Voy á satisfaceros el gusto. No sé si vuestros viajes os han hecho ignorar ú olvidar la Real cédula sobre compañías de recitantes y la Reformacion de comedias mandada hacer por el Concejo. En letras de molde pueden leerse en una tabla á la entrada del corral. En su virtud, soy autor de título por dos años, y tengo la mejor compañía de faranduleros; todos traen consigo sus mujeres, y visten con decencia á placer del señor consejero comisario.

VILLAMEDIANA. Segun eso, estará contigo tu mujer, la gallarda Jusepa Vaca.

MORALES. Sí, señor conde.

VILLAMEDIANA. Alégrome de ello.

MORALES. Señor conde.....

VILLAMEDIANA. ¿Sigues siendo celoso?

MORALES. Señor, mi mujer es honrada.

VILLAMEDIANA. Sé que es calumnia lo que de ella dijeron; de si tuvo ó no tuvo amoríos con el conde de Peñafiel.

MORALES. Calumnia infame.

VILLAMEDIANA. Murmuran, sin embargo, que de noche andas como alma en pena, con la tajante desnuda en la diestra, y una vela en la siniestra mano, recorriendo sótanos y desvanes, ó en figura gatesca por cuevas y tejados, en busca de amantes imaginarios. Verdad es que yo he defendido á tu esposa. ¿No has leído el soneto que al efecto hice?

MORALES. No, señor; pero pudiera vuesa merced dejar á los cómicos en paz.

VILLAMEDIANA. Escúchalo. Tú le hablas á Jusepa.

"Oiga, Jusepa, y mire que ya pisa
Esta corte del Rey; cordura tenga;
Mire que el vulgo en murmurar se venga,
Y el tiempo siempre sin hablar avisa."

Aquí le sacas y muestras un Cristo, y prosigues:

"Por esta santa y celestial divisa,
Que de hablar con los príncipes se abstenga;
Y aunque uno y otro duque á verla venga,
Su marido no más, su honor, y misa."
"Dijo Morales, y rezó su poco.
Mas la Jusepa le responde airada:
"¡Oh, lleve el diablo tanto guarda el coco!
¡Mal haya yo, si fuere más honrada!"
Pero, como ella es simple y él es loco,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada."

¿Qué te parece mi soneto? Ya ves que te defiendo.

MORALES. En cuanto al soneto, paréceme muy bueno; pero en cuanto á la defensa, gracia muy señalada me haría si no me defendiese.

VILLAMEDIANA. (*Con burla*). Eres un ingrato.

MORALES. No extrañe su señoría el que me sorprenda de su visita intempestiva.

VILLAMEDIANA. No te espantes, que tu mujer no es de mi gusto; pues aunque su conmovedora voz y su modo incomparable de sentir y expresar, unido al juego de sus ojos y á la gallardía de su talle, roban los corazones más duros, yo tengo para mí, que no va descaminado el Fénix de los ingenios al extrañar que haya quien por tu Jusepa se despepite y quien la apetezca, Vaca que viene de dos crías, más amarilla que la cera.

MORALES. Es, señor conde, que en el marido hay dos temores: el uno, que amen á su mujer por sus merecimientos; el otro, que si no los tiene, y tras de su fealdad está abroquelada, cuando no la amen, ella sea la apasionada; que la una cosa como la otra, da el mismo resultado,

VILLAMEDIANA. Pero vamos á lo que me trae por tu farándula. ¿Cuánto tiempo estarás por la villa, y desde cuándo comienzas tus tareas?

MORALES. Trabajaré, como es de costumbre, todas las tardes, desde las cuatro, y el tiempo de dos meses, que mayor temporada no se permite á una compañía de farsantes. Ya están todos completos, pues aunque me hacía falta una dama, pedí que me embargaran á la Jerónima que en Toledo se encontraba, y el alguacil arrancó allá á traérmela, que primero son las compañías reales y de título que los faranduleros de la legua. ¡Y qué envidioso se pondrá Pinedo, el autor del corral de la Cruz, al saber que yo tengo á la famosa comedianta!

VILLAMEDIANA. Dicen que es ingeniosa.

MORALES. Es la mejor farsanta.

VILLAMEDIANA. Agregan que es bella.

MORALES. Y frágil.

VILLAMEDIANA. Murmurador eres.

MORALES. Preguntadlo al Sr. Lope de Vega, que para ella escribió *La dama boba*, por hallarla fresca, sana, juguetoncica y alegre, y saberle de perlas su malicia y hermoso rostro. Él os contará lo que pasó en Segovia, á 23 de Setiembre del año 13, cuando le aposentó en su casa. No me hubiera gozado en aderezar mi compañía con mujer tan deshonesta, si el poeta no lo hubiese exigido para su obra.

VILLAMEDIANA. ¿Tienes muchas comedias?

MORALES. Muchas me traen, que en cestos pudieran tirarse. No hay barbilampiño que machuque algunos versos, que no quiera ser poeta dramático. Hoy despaché con cajas destempladas á un mozalvete que se firma D. Pedro Calderon Riaño, y á quien otros dicen De la Barca, que me leyó un papasal llamado *La vida es sueño.* Aconsejéle que lo corrigiese y retocase, y corrido se fué, ofreciendo no darlo á las tablas hasta haber empleado muchos años en componerlo. Ya tiene con su comedia para mucho tiempo: acaso para una eternidad.

VILLAMEDIANA. Tal vez digas la verdad sin saberlo, y esa *Vida es sueño* sea eterna en la inmortalidad.

MORALES. ¡Pues buenos son la brega y trasiego en que nos traen los poetas! Pero yo ya tengo mi comedia. Es de un indiano, á quien no pago más que los 600 reales de la tasa, y que infundirme no puede celos, porque es corcovado.

VILLAMEDIANA. ¿Acaso D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza?

MORALES. El mismo.

VILLAMEDIANA. ¿Y su comedia se lláma?

MORALES. *La verdad sospechosa.*

ESCENA II.

DICHOS Y JUSEPA, QUE ENTRA POR EL BASTIDOR, FORO IZQUIERDA.

JUSEPA. ¿Está por Madrid el señor conde? Habíase dicho que desterrado se hallaba de órden real.

MORALES. Bachilléra, habladora y preguntona estás.

VILLAMEDIANA. No tanto, Juan; que algo de eso me trae á tu tablado. Pero temo los agravios de Jusepa. Tengo sobre mí el pecado de cierto soneto.....

JUSEPA. Propio es de maldicientes hacer burla hasta de las veras. No seré yo quien rencor guarde al poeta, ni pida su castigo; que bastante lo tiene en vivir maldiciendo; alacran que acabará por picarse con su propia ponzoña, y morirá abandonado, porque todos de esa misma ponzoña huirán medrosos.

VILLAMEDIANA. Cruel eres.

JUSEPA. Nunca es crueldad el perdon.

VILLAMEDIANA. Leccion me das de nobleza, pues siempre lecciones tales dan á los hombres las damas.

JUSEPA. Con vuestra venia....

VILLAMEDIANA. Espera. Por bizarrear en la corte más de lo que gusta al Monarca, hállome en desgracia. Pero á la nueva de que Su Magestad cayó enfermo de vuelta de Lisboa, y se encuentra en Casa-Rubios, apresuréme á venir de ocultas á Madrid. Cercan al Rey el cardenal Zapata, los duques de Uceda, Infantado, Sessa y Pastrana, el Almirante de Castilla y otros muchos nobles y títulos. Falta el conde de Villamediana, que no está en favor; pero vengo á esperar que alzado el nuevo Rey, me lo devuelva. Verán entónces mis enemigos, si, como siempre, gallardeo y triunfo con damas bellas y con políticos entecados. Juan, vas á darme hospitalidad.

MORALES. Yo.....

VILLAMEDIANA. Me la negará el miedo del hombre; no el corazon de la mujer.

JUSEPA. Sois nuestro huésped, señor conde.

VILLAMEDIANA. Es preciso que nadie me conozca. Me pondré un disfraz. Daré al traste con mi bigote y con mi pera. En mis narices montaré unas gafas verdes. Armaré sobre mi cabeza tondada un peluquin alazan. Y á semejanza del poeta de este corral, me adobaré dos soberbias gibas. Hecho así un jorobeta ó un D.

y encubriéndolas con una barba de alquilon, de esas que más que de adorno, de máscara

Corcova, seré el apuntador. Fingiré para más propiedad la voz gangosa, que costumbre es en los apuntadores, y muy antiguo privilegio, el que sean los primeros en estropear los versos de las comedias, teniendo el singularísimo ingenio de no hacerse entender de los comediantes, que á dos palmos tienen, y en cambio dejarse oír claramente por todos los ámbitos del corral. Ya veis que conozco mi oficio. Lo desempeñaré á maravillas.

MORALES. Pero eso es una locura....

VILLAMEDIANA. Pudiera en ello irme la cabeza....

MORALES. Y á mí el verme zarandeado en la picota....

JUSEPA. Os pondremos tan disfrazado, que hagáis reír con sólo que os miren al rostro. Me debéis una venganza por el soneto.

MORALES. ¡Mujer!

JUSEPA. Está dicho.

MORALES. Pero un gran señor convertido en un hazme reír, en un bufon...

VILLAMEDIANA. No creas, buen Morales, que es el cambio tan grande. Murmúrase más en la corte que en el teatro, sin que haya allí el gracejo que aquí, gracejo que es oro de subidos quilates. Aquí la sátira muestra alegría, y mueve el corazon á chanzas y burlas, y los labios á risas. Allá es el satirizar, ya no desabrimiento y desacato, sino veneno que se infiltra en el sér calumniado, y que poco á poco le mata la vida, ó la honra que en mucho más que la vida vale.

MORALES. Anda por ahí cierto alegre librejo de un manco Cervántes, con más donaires y flores de ingenio, que las que de atavío sirven al jardin del regidor Juan Fernández.

VILLAMEDIANA. ¿Has oído mi copla?

"¡Buena está la torrecilla!
¡Tres mil ducados costó!.....
Si Juan Fernández lo hurtó,
¿Qué culpa tiene la villa?"

JUSEPA. Hablamos de maldicientes, y maldecís siempre, señor conde.

VILLAMEDIANA. Cúrame con las palabras del de Lepanto.

MORALES. Dice: "Los satíricos, los maldicientes, los malintencionados, son desterrados y echados de sus casas, sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos."

VILLAMEDIANA. Gracias, Juan, por la parte que tocarme pudiera.

MORALES. Dádselas á Miguel de Cervántes, señor conde.

VILLAMEDIANA. Pues siguiendo el discurso de mis ideas, digo que nada se parece tanto al palacio de los reyes, como un corral de comedias.

Es el autor de título el monarca, que tiene que arreglar todo á sabor del pueblo ó público, y nada arregla. Atribúlanle con sus pretensiones mil poetas, que quieren que su comedia sea la preferida, y no sabe el autor cómo escoger un ministro, quiero decir, un poeta. El pueblo ó público, paga para que mal le gobiernen ó malos entremeses le regalen. Bien es verdad que á veces desahoga sus iras con silbos y naranjazos. Luchan los faranduleros entre sí por emulacion y amor al arte, y los palaciegos por bajeza y por acaparar rentas. Comedianta sé que odia á otra, porque le ha quitado un papel en que se prometía recoger copiosa cosecha de aplausos y vítores, miéntras que un cortesano aborrece al que le ha arrebatado el altísimo puesto de ministro, porque le privó del placer de cometer en él villanías sin cuento. Ves que son iguales el palacio y el tablado. Tablado de infamias el palacio. Palacio de glorias el tablado. Déjame, pues, en él. Sea yo feliz con ser por breves días cortesano ó bufon en el templo de tu gloria.

JUSEPA. Vamos.

MORALES. No: yo disfrazaré al señor conde. Espérame aquí.

VILLAMEDIANA. (*Yéndose*). Celoso insoportable eres, Juan Morales.

MORALES. (*Yéndose*). No dejo que la Reina con el cortesano se confunda.

VILLAMEDIANA. Chistoso estás.

MORALES. El apuntador desde su concha solamente puede hablar á la farsanta. Son reglas del corral.

(*Se van*).

ESCENA III.

JUSEPA.—DESPUES FIGUEROA.

JUSEPA. Interésame este conde tan mal decidor. Ya tendría que temer el Sr. Juan Morales Medrano, mi marido, si mi corazon, caprichoso como de mujer, no estuviese arrobado con el poeta más contrahecho que en tablados ha pisado.

Yo hubiera preferido el papel de Doña Jacinta al de Doña Lucrecia; pero por ahora de boga está la Jerónima. Llévese ella el papel, si yo lógro los amores del poeta.

FIGUEROA. (*Entrando*). Pensativa estás, Jusepa.

JUSEPA. Salve, satélite del monstruo de la naturaleza.

FIGUEROA. Llaman así á mi maestro el Sr. Lope de Vega Carpio, porque ha escrito muchas comedias. Lleva, es verdad, hechas más de ochocientas, y piensa doblar si con la vida cuenta.

JUSEPA. Llámanle así, por ser muchas y buenas.

FIGUEROA. No piensa tal tu marido.

JUSEPA. Loco estuviera, y diría que el Sr. Lope es el Fénix de los ingenios.

FIGUEROA. Me cuentan que prefiere una del corcovado.

JUSEPA. En el plazo de veinte dias, que es el señalado por los reglamentos, se pondrá en escena; y pudiera ser que ántes, segun la priesa que se dan para las fiestas.

FIGUEROA. Le dolerá á D. Lope no ser el poeta en tales festividades, que pues son en honor de un santo, más cuadraba su hábito para ellas que las indianas corcovas, si bien no hay feria ni procesion sin figurones.

JUSEPA. No tienen corcovas las comedias de D. Juan.

FIGUEROA. Bellas son, Jusepa; y yo las admiro y siento envidia. No lo creerás. Lope mismo, el más celebrado, el más mimado de los poetas, deja que sus gozquecillos, capitaneados por Montalvan y por mí, muerdan á cualquiera que se levanta. Pero hoy, apénas osan ladrar al jorobeta, desde que los vapuló de lo lindo en *Las paredes oyen*.

JUSEPA. ¡Qué hermosa comedia!

FIGUEROA. Hermosa es en extremo; pero con ella arrebató á mi maestro la gloria de su *Premio del bien hablar*.

JUSEPA. ¿Y por eso ya busca el del mal decir?

FIGUEROA. No, Jusepa. Su envidia no es rastrera, que es emulacion. Envidia una comedia, y de ella se venga, haciendo otra mejor. Pero tanto bueno le han dicho de *La verdad sospechosa*, que teme no poder superarla. Es necesario que desconocida permanezca. Si es preciso, ocurriré á nuestro aliado el inquisidor Aliaga.

JUSEPA. Perderíais á D. Juan.....

FIGUEROA. Despues con versos de oro Lope levantaría su gloria. Son las comedias de éste, agradable pasatiempo: son las del giboso, profunda verdad de todos los tiempos y de todas las naciones. Si ya me finjo celoso que proclaman á *La verdad sospechosa* como la primera obra del teatro español. Figúrome ya que los ingenios franceses á su habla la trasladan y la imitan, fundando nueva escuela inmortal. Derráma Lope en sus comedias raudales de astros que deslumbran y suspensos dejan los sentidos; y Alarcon, sin poner en ello mientes, vierte en las suyas la moral y la virtud unidas. Tienen las de mi maestro algo de la pasmosa sublimidad del firmamento. Tienen las suyas mucho de la tierna dulzura de la luz que se esparce y enciende ese mismo firmamento. Las del monstruo de la naturaleza brillan y se ostentan como la creacion: las del monstruo de las corcovas se sienten y se ocultan como el Creador. Lope le envidia. Yo le ódio. Es necesario que *La verdad sospechosa* no se conozca.

JUSEPA. De conocerse ha, y será inmortal.

FIGUEROA. Entusiasmada estás con D. Talegas. No vayas á caer en amarle por feo.

JUSEPA. *(Yéndose).* Seguro es que no caeré en amaros por necio y deslenguado.

ESCENA IV.

FIGUEROA.—DESPUES VILLAMEDIANA YA DISFRAZADO.

FIGUEROA. No hay que contar con la tropa del corral. Descúbrese de á legua que la cómica áma al corcovado. Le buscaré á él mismo; le espantaré con amenazas. No le conozco de rostro, aunque

de ingenio demasiado; pero trazas me daré de verle, y tales, que hoy mismo dejemos arreglado este negocio.

(Hace movimiento de irse).

VILLAMEDIANA. (*Entrando.*) Guarde el cielo al doctor por Salamanca, D. Cristóbal Súarez de Figueroa.

FIGUEROA. *(Aparte).* Me conocía. *(Alto).* Gloria sin par á D. Juan Ruiz de Alarçon y Mendoza.

VILLAMEDIANA. *(Aparte).* Por el dramático me tóma. Sigámosle la chanza.

FIGUEROA. Grave empeño con vos tengo.

VILLAMEDIANA. Ved si desempeñaros me es posible.

FIGUEROA. Ceded el puesto de las fiestas al Sr. D. Lope de Vega Carpio.

VILLAMEDIANA. Ceder es.

(En toda esta escena debe marcarse mucho el carácter zumbon del conde).

FIGUEROA. Hermánanse más bien con ellas, versos que produce un poeta que viste hábito santo.

VILLAMEDIANA. ¿Quién, Lo-pillo?

FIGUEROA. No cuadra bien en vos, apodarle con la frase inventada por el de Villamediana, ese galancete de capa y espada, que abofetea honras con la lengua, y con coplas desapiadadas, apurando el seso, ofende con impertinencias el blanco rostro del papel.

VILLAMEDIANA. No me trazéis la figura de maldiciente tal. Pues os digo que peor que él, sólo he conocido á vos por las palabras, y á Lope por las obras. Recordad la espinela de Góngora, en que, como en estampa, se ve á Lo-pillo.

"Cuando fué representante,
Primeras damas hacía;
Pasóse á la poesía
Por mejorar lo bergante.
Fué paje, poco estudiante,
Sempiterno amancebado,
Casó con carne y pescado:
Fué familiar y fiscal,
Y fué viudo de a-rrabal;
Y sin órden, ordenado."

FIGUEROA. Insolente estáis; y quedad advertido de que si en ceder no consentís, os pondrá á buen recaudo el inquisidor y confesor real Fray Luis de Aliaga. Pues contento está de cómo le habéis

puesto de peras en *La crueldad por el honor*. Para sí ha tomado al embaidor Nuño de Aulaga, que Aulaga y Aliaga son la misma espinosa planta; y aquello de

"Líbreme Dios
De un rüin puesto en oficio."

VILLAMEDIANA. Tomó tambien para sí el Sancho de D. Quijote.

FIGUEROA. Y Cervántes murió miserable.

ESCENA V.

DICHOS Y ALARCON, QUE HA OÍDO LAS ÚLTIMAS FRASES.

ALARCON. Algun día la historia tildará de infame la alianza de Aliaga y de Lope.

FIGUEROA. ¡Otro corcovado! ¿Quién sois?

ALARCON. El licenciado D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.

FIGUEROA. ¿Y vos?

VILLAMEDIANA. Dícenme, no sé si por mote, Alcorcon, y soy apuntador, y, si falta hace, gracioso de la tropa de Morales. Y pues vuesamercedes traen negocio pendiente, y á mí nada de ello se me importa, voyme á reposar los miembros, y no digo á estirarlos, porque los del señor poeta y los míos, de por sí están encojidos y como arrebujados en nuestras corcovas.

(Se va).

ESCENA VI.

ALARCON.—FIGUEROA.

FIGUEROA. Dispénseme el señor poeta el error, y si le tomé por el hombre del peluquin y de las gafas. Bien sabía que usarced era un licenciado, que en el hábito de su profesion presume de atildado y limpio, vistiendo bien cortada sotanilla, capa de gorgoran de Nápoles, siempre lustroso, crujidor y casi por estrenar, sin ser menos lucido en el restante ornato de zapato, medias y ligas, cuello, sombrero y guantes.

ALARCON. Agregad, segun vosotros los partidarios de Burguillos, y para completar mi retrato: un advenedizo, que tiene osadía para pretender graves oficios, y se imagina con dicha para alcanzarlos, y ánimo para ejercerlos y gobernar el mundo; en fin, un contrahecho, descolorido y flaco, de frente ancha y despejada, melancólicos ojos, chupado de mejillas y puntiagudo de barba. Bien puede Lope zaherirme, dando mal aliento á mi boca, y haciéndome rana en la voz y en la figura.

"Culpa á aquel que, de su alma
Olvidando los defetos,
Graceja con apodar
Lo que otro tiene en el cuerpo."

FIGUEROA. El Sr. D. Lope.....

ALARCON. Causa fué y motivo de las desdichas de Cervántes. ¿Pero qué pudo su consorcio con la Inquisicion y con Aliaga? Las naciones aprenderán el habla de Castilla en el Quijote, para leer las obras inmortales de Lope de Vega.

FIGUEROA. Cededle las fiestas, y retirad vuestra comedia.

ALARCON. Nunca.

FIGUEROA. Es él el Fénix de los ingenios.

ALARCON. Tambien yo soy poeta.

FIGUEROA. Noble es, y de vos se dice que si usáis la D de don, es como la media figura de vuestro cuerpo; y pues dos jibas tenéis, bien podríais usar dos DD ó dos dones. Veis que más bueno que vos, es el de Vega Carpio.

ALARCON. "¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
Como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las cosas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores;
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos:
Luego en obrar mal ó bien,
Está el ser malo, ó ser bueno."

FIGUEROA. Es él gloria de España, y vos indiano.

ALARCON. Sí, indiano. Miré la luz primera en la hermosa ciudad que llaman México. Puso el cielo para cubrirla, purísimo dosel azul sin nubes, que en las tranquilas y perfumadas noches, atavíase de astros resplandecientes, que asemejan lluvia de diamantes sobre manto real. Cércanla lagunas de refrescadoras aguas que se galardonan con sus islas movedizas de flores, que más creyéranse cestos del paraíso, segun aparecen, ya de color vergonzoso cubiertas de rosas, ya de subido rojo sembradas de amapolas. Templos y palacios levántanse en ella desafiando á los más bellos palacios y catedrales. Móra en su Universidad tanta ciencia como en las salmantina y complutense. En ella comencé mi vida estudiantezca; en ella recibí la abogacía. En aquella santa tierra, la musa mis primeras comedias inspiróme. Es noble hija de España, y nobles son sus hijos. En el valle en que se aduerme, como infante en bellísima cuna, se oyeron los cantares de Netzahualcóyotl, y le parecían á Cuauhtémoc las ardientes brazas lecho de rosas. Apodadme indiano. ¡Si ser hijo de México me parece ya gloria bastante!

Allí las fiestas, bailes, representaciones y farsas de devocion, han formado escuela tan gallarda y tan robusta, que producirá en nuestros corrales de España autos sacramentales que pasmarán á las musas. De allí traje el amor al teatro y sus enseñanzas. Negadme el título de poeta: México me aclamará su primer autor dramático.

FIGUEROA. Si me parecéis vanidoso, y sobre vanidoso villano.

ALARCON. Mofaos de mis comedias y de mis corcovas, que vuestras mofas, más que ira, desprecio me producen; pero en llamarme villano reportaos.

FIGUEROA. Si no sé para qué en la cinta lleváis espada.

ALARCON. *(Desenvainando).* Para azotaros la maldiciente lengua.

FIGUEROA. Va á sangraros la jiba, por haceros bien y buena obra, la espada de Figueroa.

ALARCON. ¡Ah! ¿sois vos? *(Riñen)*. Me parece que sois tan impotente de lengua como de mano.

ESCENA VII.

DICHOS Y JERÓNIMA, QUE AL ENTRAR VE LA RIÑA, Y SE PRECIPITA CUBRIENDO Á ALARCON.

JERÓNIMA. Teneos.

FIGUEROA. ¡Jerónima!

JERÓNIMA. ¡D. Juan!

FIGUEROA. ¿Para qué le cubres con tu pecho, si bastante coraza es su cor cova? ¿Le quieres tanto?

JERÓNIMA. Con el alma le adoro.

FIGUEROA. Nos veremos despues, Sr. Mendoza.

(Se va).

ESCENA VIII.

ALARCON.—JERÓNIMA.

JERÓNIMA. ¿Querían mataros? ¡Apagar pretendían la luz de mis ojos y astro de la escena española! ¿Qué no saben los hombres c yo con el ánima y con el corazon os quiero? ¿Ignorar pud

ran acaso que el autor de *La verdad sospechosa* es inmortal, pues matar necios pretenden á quien tiene vida miéntras dure sonora y poderosa el habla de Garcilazo? Tiniebla es la envidia, y de su antro quiere alzarse gigante para apagar los fuegos del sol esplendoroso. El sol, asomándose por las puertas de oro del Oriente, disipará las nieblas con su primera mirada de luz y de amor. Sí, porque luz es amor. Para mí tú fuiste luz que las oscuridades de mi alma despejara. Para mí tú fuiste amor que alumbrara mi espíritu, que dormía en mi cerebro el sueño de la noche, esperando que el sol de mi vida se levantara acrisolado en el vivo fuego de la mansion celeste.

Yo te presentí, y los cristales de mis ojos con llanto tiernísimo se mojaron, así como la tierra, ántes que el sol se levante, llora con lágrimas de rocío. Vi que te acercabas, y cubrióse mi frente de castísimo rubor, como á la aproximacion del astro rey, se envuelve el cielo con el velo purpurino de la aurora. Y cuando á mí llegaste, abriéndote paso con la gallardía de tu ingenio entre la valiosa multitud de sutiles y felices poetas, como el sol que sube escalando montañas y rompiendo nubes, sentí que en todo mi sér se hacían la luz y el día, y murmuraban en mi alma como cantos de arroyos y aleteos de palomas, y esparcíanse en ella como perfumes de rosas y azucenas; y todo ese inmenso concierto que al amanecer canta la tierra con sus ríos bulliidores, con sus mugientes mares, con el zuzurrar de los insectos, y con el rugir de los leones, con el dulcísimo silbo de las auras entre las hojas de los árboles, y con el ronco y fragoroso estruendo de la despeñada catarata; todo, todo en mí lo sentía. Era que la claridad se hacía en el cielo, y el amor en mi alma. ¡El sol alumbró, y yo te amé!

ALARCON. Jerónima, al oírte, siento inquieta y desapoderada mi inspiracion, y mi labio enmudece, que es la boca puerta estrecha y pequeña para el inconmensurable torrente de amor que de mi pecho se desborda.

JERÓNIMA. ¿Qué era yo en la vida ántes de mirarte? Cuerpo sin alma, mar sin vientos, noche sin estrellas. Te vi, y el abismo, de su profundidad se levantó montaña. Supo el corazon por qué palpitaba. El alma conoció que los ojos le servían de ventanas para asomarse á mirarte. La lengua no quedó como inútil bronce de un campanario de catedral abandonada. La boca te habló amores, y conocí lo hermoso que es hablar. ¡Qué feliz era yo, pues tenía manos con que acariciar tu frente, un seno en que reposaras tu cabeza llena de pensamientos, ojos para mirarme en los tuyos, labios para oprimir tus labios en

deliquio de amores, y arrobamiento y éxtasis. Mi amor se manifestaba con risas de alegría. Si parecía yo loca. Mira como río. ¿Lo ves? Y otras veces desbordábase en llanto. ¿No míras como lloro? Juzgaba imposible llorar y reír al mismo tiempo. Y ya lo ves: río y lloro. Es la lluvia y el arco-iris. Es que tengo en mi alma todos los esplendores de la creacion. ¡Te ámo!

(Todo esto mezclando risas y gemidos).

ALARCON. ¡Bien haya el pecho varonil subyugado por la tiranía del amor! ¡Desgraciado el corazon enfangado en el abismo de la corrupcion y la vileza, que no se abrasa en esta pasion orígen y móvil de las empresas mayores, que endiosa al humilde y presta al débil voluntad, y en un punto nos llena de valor para resistir las contrariedades, y extiende su luz benefactora sobre la desgracia y la pobreza; que de los embarazos abre camino, y necesitando de todo, ni de palabras ha menester!

Yo te llamaba en el mundo, para depositar á tus plantas mis coronas.

JERÓNIMA. Yo te buscaba para ornarte con mis lauros.

ALARCON. Yo era pobre.

JERÓNIMA. Yo rica de pasion.

ALARCON. Por contrahecho me han motejado.

JERÓNIMA. Por leer en tu frente la hermosura de tu alma, te he querido.

ALARCON. Me ha befado la envidia.

JERÓNIMA. Venga la envidia á luchar en el tablado con D. Juan Ruiz de Alarcon.

ALARCON. Me odiaban y me escarnecían.

JERÓNIMA. Yo te amaba.

ALARCON. Yo vivía en la soledad.

JERÓNIMA. Yo la llenaba con los suspiros que hacia tí dirijía.

ALARCON. Mis ojos buscaban otros ojos.

JERÓNIMA. Los míos encontraron á los tuyos.

ALARCON. Mis brazos se tendían al espacio.

JERÓNIMA. Y despues me oprimieron contra tu seno.

ALARCON. Nuestros corazones palpitaban juntos.

JERÓNIMA. Y parecían un solo corazon con un solo latir.

ALARCON. Me amabas con pasion.

JERÓNIMA. Tú, con delirio.

ALARCON. ¡Si no hay palabras con que expresar tanta dicha!

JERÓNIMA. ¡Si no las hay!

(Pausa).

ALARCON. Y te alejaste de mí.

JERÓNIMA. Era preciso.

ALARCON. Huíste de los fuegos de mi amor.

JERÓNIMA. Yo todo lo quería; pero no lo podía.

ALARCON. ¿Cuál es este misterio?

JERÓNIMA. No me lo preguntes: arcano es de mi vida.

ALARCON. Pero hoy vuelves á mis brazos.

JERÓNIMA. Porque algo me dice que vengo á morir en ellos. Sirvieron de cuna de mis alegrías: que me sirvan de tumba. Mi primer suspiro de placer fué para tí. Tú recojerás el último de mi vida.

ALARCON. Cállate, impía.

JERÓNIMA. Mi corazon lo presiente.

ALARCON. Callen tus palabras que me matan, y mírenme tus ojos que vida me dan.

JERÓNIMA. ¡Te ámo!

ALARCON. ¿Por qué lloran tus ojos?

JERÓNIMA. ¡Cuánto te adoro!

ALARCON. ¿Por qué suspiras angustiada?

JERÓNIMA. Es mi alma que sale á acariciarte.

ALARCON. ¿Por qué me ves con esa mirada fija?

JERÓNIMA. Es mi espíritu que sale por mis ojos, y por los tuyos se te entra hasta el alma. Silencio: no hay palabras para el éxtasis.

ALARCON. No las hay.

(Pausa).

ESCENA IX.

DICHOS.—JUSEPA Y VILLAMEDIANA.

(Miéntras están en un lado Jerónima y Alarcon, salen por el otro Jusepa y Villamediana).

VILLAMEDIANA. *(Á Jusepa).* Ingrata eres con los copleros.

JUSEPA. *(Aparte).* ¡Jerónima con D. Juan!

JERÓNIMA. (*Á Alarcon*). Parece que del cielo salgo para volver á la vida.

ALARCON. (*Á Jerónima*). Cielo antójaseme tu divino rostro.

JUSEPA. (*Aparte*). ¿Qué es esto, que celos escarban en mi corazon?

VILLAMEDIANA. (*Á Jusepa*). Y si no, oye lo que en tu loa y sobre la base de tu honra, cantan los truhanes.

"Si á Morales el decoro
No guardara por ser flaca,
Su Vaca, casto tesoro,
Quien es cabeza de vaca,
Fuera cabeza de toro."

(*Jusepa no hace caso de Villamediana, pues está atenta á los dos amantes*).

JERÓNIMA. (*Á Alarcon*). Y es imposible, sin embargo.

ALARCON. (*Á Jerónima*). Imposibles para el amor no existen.

VILLAMEDIANA. (*Á Jusepa*). Pues poca atencion en mis palabras pones; por no serte á tí de gusto, ni á mí de provecho, para mejor ocasion las guardo.

ESCENA X.

DICHOS Y MORALES QUE SALE POR EL FONDO.—DESPUES LA FARÁNDULA.

MORALES. (*Aparte*). Jusepa no quita los ojos del poeta. Fuera de ver. (*Alto*). Al ensayo, señores.

(*Jerónima, Alarcon y Jusepa, se sorprenden á su voz.—Sale el resto de cómicos*).

ALARCON. Vamos, insigne autor.

JUSEPA. Salve, laureado poeta. Un beso, Jerónima.

JERÓNIMA. Me sabrá de cielos.

(Se besan).

JERÓNIMA. (*Aparte*). Empalagosa y remilgada está la autora.

JUSEPA. *(Aparte).* ¡Con qué placer la hubiera mordido!

VILLAMEDIANA. Voy á enjibarme en mi concha: parece que no me son bastantes dos talegas.

(Se mete en la concha que está en el fondo del foro, con la boca para el público.—Las dos damas y otra que no habla se sientan, y quedan de pié cinco ó seis comediantes que tampoco hablan).

MORALES. Representa la decoracion una sala en casa de D. Beltran. Salen por una puerta D. García y un letrado viejo, vestidos de estudiantes y de camino. (*Media pausa*).

VILLAMEDIANA. (*Gritando desaforadamente y con voz gangosa*).

"Con bien vengas, hijo mío.
Dame la mano, señor."

MORALES. Todavía no.

VILLAMEDIANA. "¿Cómo vienes? El calor
Del ardiente y seco....."

MORALES. Silencio, que no he acabado.

VILLAMEDIANA. Como había parado el señor autor.

MORALES. Para tomar aliento.

VILLAMEDIANA. Sírvase de avisarme para otra vez, cuántos azumbres de alientos acostumbra á tomar.

MORALES. Y por la otra D. Beltran y Tristan.

(*Pausa*).

Hablad, señor apuntador, que he concluido, y no es que aliento tome.

VILLAMEDIANA. (*Gritando*). "Con bien vengas....."

MORALES. Más bajo.

VILLAMEDIANA. (*Muy quedo*). "Con bien....."

MORALES. Más alto.

ESCENA XI.

DICHOS Y FIGUEROA CON UNOS CORCHETES.

FIGUEROA. Ténganse á la Inquisicion.

VILLAMEDIANA. (*Saliendo de su concha*). Chiton.

MORALES. (*Asustado*). ¿Qué manda el Santo Oficio?

FIGUEROA. Tenéis en vuestra tropa á una farsanta llamada Jerónima de Búrgos.

JERÓNIMA. Yo soy.

FIGUEROA. (*Á los alguaciles*). Llevadla.

ALARCON. (*Interponiéndose*). ¡Ay de quien á tocarla se atreva!

VILLAMEDIANA. (*Á Alarcon*). Mirad que la osadía no es valor, y que nada aventajaréis con oponeros. Tengo algun fraile poderoso por pariente y amigo, y os juro en mi ánima, que he de hacer cuanto pueda por Jerónima.

Guardad la espada, que encargado quedo de con la suya propia azotar á ese deslenguado, pues por serlo más que yo le odio.

JERÓNIMA. Vamos.

FIGUEROA. (*Aparte á Jusepa*). La áma Alarcon, y me la llevo. Ya volveré á que me premies.

(*Aparte á Morales*). Tu mujer áma al poeta.

(*Aparte solo*). Seguro estoy de que ya no se representará *La verdad sospechosa.*

ALARCON. Si tiemblo de ira y de coraje.

FIGUEROA. Habéis perdido, señor poeta, hasta la ocasion de encontrar en una covacha del Consejo de Indias algun buen empleo.

ALARCON. Decidle á vuestro amo el Sr. Lope de Vega, que si no consigo la covacha, me vengaré ¡yendo á ocupar un puesto junto á él en el templo de la inmortalidad!

TELON.

ACTO SEGUNDO.

La escena pasa en el tablado, poco ántes de que comience la primera representacion de La verdad sospechosa.—Decoracion adecuada.—En el fondo el telon, y la concha.—Los farsantes con los trajes de la comedia.

ESCENA I.

VILLAMEDIANA CON EL DISFRAZ DEL PRIMER ACTO.—MORALES CON EL TRAJE DE D. GARCÍA.

VILLAMEDIANA. Lleno está ya el corral.

MORALES. Faltarán aposentos, segun el tropel de gente que acude á oír la pasmosa comedia que estrenamos. Siéntome orgulloso de ser el autor de título del Príncipe, que vale mucho más que el corral de la Cruz, pues éste cuenta únicamente siete puertas y el mío ocho, ya para subir á los aposentos, ya para el escenario y su servicio; cuál para entrada dé mujeres, cuál para los hombres, pues sabéis que no pueden entrar ni asistir mezclados ambos sexos; puerta hay para la alojería, puerta para la taberna, y otra que es la del cocheron. ¡Y qué espaciosos y cómodos son los aposentos de mi coliseo, nombrados segun sus dueños ó aspecto, ahora Pastrana, Uceda, Aragon, Carpio ó Almirante, ahora Esquina, Reja grande, Coje-esto ó Tablas! La Villa tiene principal aposento, por el cual apronta trescientos escudos anuales; y D. Rodrigo Calderon paga

cien ducados por una celosía. ¡Con razon rinde mi corral ocho mil pesos por año á los hospitales!

VILLAMEDIANA. ¿Tanto producen estas farsas? ¿Cómo recaudas?

MORALES. Como el corral debe cerrarse al anochecer, ábrese al medio día. De doce á dos se reparten los aposentos y bancos entre las personas que por ellos envían, dando natural preferencia á los títulos, caballeros y sujetos principales. Á real valían los cien bancos, y á doce los aposentos altos y bajos; pero ya subí los altos á diez y siete, y los bajos á catorce. La entrada ha costado indistintamente cinco cuartos; mas ya se está arreglando que se satisfagan dos al autor en la primera puerta; tres en la segunda, al comisario de los hospitales de la Pasion, Soledad y Anton Martin; cuatro al subir las gradas; y siete cada mujer que entre á oír la comedia. Los alguaciles cuidan de que nadie se excuse de pagar, y de que no haya escándalos, alborotos ni descompostura.

VILLAMEDIANA. ¿Recuerdas el escándalo que se armó contra el tirano corregidor D. Pedro de Guzman, que, por público pregon, prohibió en el año 13 la concurrencia del sexo hermoso?

MORALES. Recuérdolo, señor; pero triunfaron los hechizos y ruegos de las damas. Ahora la única gente de faldas que no se consiente es la frailesca.

VILLAMEDIANA. Lo que te probará, insigne autor, que el mérito no consiste en las faldas, sino en los rostros; que faldas tambien llevan las viejas, y yo de mí sé decir que ni por hembras las tengo.

MORALES. ¿Pues por qué las tenéis?

VILLAMEDIANA. Una vieja no es hombre ni mujer, es solamente vieja. Á veces da en ser cosa peor.

MORALES. ¿Qué, señor conde?

VILLAMEDIANA. Suegra.

MORALES. *Liberanos domine. (Persignándose).*

VILLAMEDIANA. *Amen.*

(Pausa).

MORALES. Alegres andan los villanos, señor conde.

VILLAMEDIANA. Como que la salud de Su Magestad les devuelve la calma y la ansiedad les arrebata. Por irme á reconciliar con la corte, para salvar á la Jerónima, fuí testigo de la solemne procesion que hizo la villa con el cuerpo del santo labrador, para salvar la vida del Monarca. Lleváronse las reliquias al monasterio de la Encarnacion, y allí se dijo la primera misa despues de la beatificacion; y á las tres de la tarde, colocado el bendito cuerpo en una litera de raso carmesí y pasamanos de

oro, con cuatro faroles á las esquinas, en que ardían gruesas hachas de blanca cera, partió la procesion para Casa-rubios, y yo con ella. Los pueblos encendían hogueras por los caminos, haciendo de la negra noche clarísimo dia; y á las 24 horas, entrábamos el domingo 17 por la cámara real con las venerables reliquias, colocadas en su caja de terciopelo carmesí con un paño de brocado, y llevadas en hombros de sacerdotes. Cuando entramos, se incorporó Su Magestad con gran trabajo en el lecho, adoró al santo, pidió la cayada del venturoso labrador, la besó tiernamente, y no quiso que la procesion volviese á Madrid sin que él la acompañase vivo ó muerto. Fué casi milagroso el alivio; y despues de 18 dias, ayer á 5 de Diciembre, era recibido el cortejo del santo labrador y del piadoso Monarca por más de dos mil personas, que, con hachas encendidas y á caballo, habían salido en procesion de la corte.

MORALES. ¿Y vinisteis ya con la gracia de Su Magestad?

VILLAMEDIANA. Y con la libertad de la Jerónima, que se está aderezando para venir á estrenar la comedia del indiano.

MORALES. ¿Pues por qué entónces guardáis esas dos jibas que así os desfiguran lo gallardo del talle?

VILLAMEDIANA. Deseo apuntar *La verdad sospechosa;* pero quiero que no lo sepa nunca el jorobeta. He comenzado protegiendo esta representacion, y no soy hombre de dejar á medias mis empresas.

MORALES. Si me lo permitís, señor conde, voy á ver cómo se adoban los rostros mis farsantas, y cómo están de trajes y presencia. Se acercan gentes, y no quiero que me interrumpan en faena tan importante. (*Se va*).

VILLAMEDIANA. Ve, Juan.

ESCENA II.

VILLAMEDIANA, DESPUES QUEVEDO, SUÁREZ DE FIGUEROA, MONTALBAN, MIRA DE AMESCUA, VÉLES DE GUEVARA, SALAS BARBEDILLO Y ANDRES DE CLARAMONTE.

VILLAMEDIANA. Fatigado estoy del viaje, y de andar despues á vueltas de covachas á tribunales y de alcaldes á inquisidores, hasta dar libertad á la Jerónima. Si pudiera descansar.... un momento.... Me cierra el sueño los pesados párpados..... (*Se duerme. Entran los poetas*).

QUEVEDO. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Miradle: está dormido. Pues ni así ha de escapar á nuestras sátiras el vitoreado poeta.

MONTALBAN. Lástima grande es, que á nuestro almuerzo haya faltado Villamediana. Sé de buena tinta que á la corte ha llegado con Su Magestad.

MIRA. Cansado de ser impolítico, á político se ha metido.

CLARAMONTE. (*Moviendo á Villamediana*). Despertad, que aquí hay amigos que quieren hablaros.

VILLAMEDIANA. (*Sin descubrir el rostro*). Hablad cuanto queráis, pues tengo destapadas las orejas. Si las orejas tuvieran párpados como los ojos, de buenas necedades se librarían.

QUEVEDO. Habéis de oír, mal vuestro grado, mi comento. Habéis dado por vuestros unos malos versos, y encargados estamos de castigar por tamaño delito al más delicioso de los autores dramáticos. Oídme, insigne D. Juan.

"Yo vi la segunda parte
De D. Miguel de Venégas,
Escrita por D. Talegas
Por una y por otra parte.
No tiene cosa con arte.
Y así no queda obligado
El señor Adelantado,
Por carta tan singular,
Sino á volverle á quitar
El dinero que le ha dado.

TODOS. ¡Magnífico! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

(Villamediana ronca).

FIGUEROA. ¡Diablo! está roncando. Despiértele con una sátira el Sr. ~~Mira~~ Véla
~~de Amescua.~~ de Lynera.

~~MIRA.~~ ~~Me contento con decir, que del poema del Sr. Alarcon, yo hice~~
~~7 estancias.~~

VÉLEZ. ~~Y yo~~ 6. Allá va mi espinela.

"La dama que en los chapines
Te esperaba en pié muy alta,
Diga tu sobra ó tu falta,
¡Oh padre de matachines!
Porque por más que te empines,
Camello enano con loba,
Es de soplillo tu trova;
Aunque son de Apolo hazañas,
Que todo un juego de cañas
Te cupiese en la corcova."

CLARAMONTE. ¡Admirable! Que siga Montalban.

MONTALBAN. "¿Quién anda engañando *bobas*
Siendo rico de la mar?
Y ¿quién es en el lugar
Nonada entre dos corcovas?
¿Quién trae el alma en alcobas,
Y consigo propio trilla?
Corcovilla."

TODOS. Corcovilla, corcovilla. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

BARBEDILLO. Que diga algo Claramonte.

CLARAMONTE. Yo solamente sé aquello de

"Tanto de Córcova atras
Y adelante, Alarcon, tienes,
Que saber es por demas,
De dónde te corco-*vienes*,
Y *adónde* te corco-*vas*."

Á ver tú, Barbedillo.

BARBEDILLO. Pues vaya, en gracia de Dios.

"Segun Calepino, estoy
Cierto que en latin limado,
Quiere decir, *cor*, *¿quo vado?*
"Corazon, ¿adónde voy?"
Y aunque sátrapa no soy,
Interpreto que rigores
De la muerte anunciadores,
Cuyos son corcova y años,
Al autor son desengaños
Y causa de sus temores."

TODOS. Bien, bien, bien.

VILLAMEDIANA. (*Volviéndose*). ¿Habéis concluido, señores poetas?

TODOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

UNOS. No es D. Juan.

OTROS. Es otro D. Talegas.

~~MIRA.~~ Llueven jorobetas.

FIGUEROA. ¡Qué magnífico argumento para un sainete: los dos corcovados! Se hará; se hará.

VÉLEZ. ¿Quién sois, amigo mío? ¿Sois acaso la sombra de D. Juan?

VILLAMEDIANA. Soy el apuntador, insignes ingenios. Soy, como si dijéramos, el verdugo de las comedias. Temblad ante mí: sois mis víctimas.

FIGUEROA. Tiene gracia. ¿En dónde está el poeta?

VILLAMEDIANA. ¿Le vais á ensartar todas esas tonterías?

QUEVEDO. Sí, porque ha cometido un crímen de leso Parnaso. Porque no quiso ó no tuvo tiempo, encargado de escribir un cantó, repartió las estancias entre los poetas amigos, y resulta que solamente es suya la portada. Hemos almorzado juntos, y venimos á vapularle con nuestras bromas.

VILLAMEDIANA. Cuidad, no tome la posteridad por veras vuestras burlas.

QUEVEDO. Burlas son, que no veras. Admiracion, y no risas, cáusanos el indiano. El mismo Lope cantará su gloria en su *Laurel de Apolo*.

VILLAMEDIANA. Pues si queréis verle, supóngole en los cuartos de los farandu-leros, adiestrándolos, y midiéndoles el azarcon y el albayalde.

TODOS. Vamos, vamos.

(*Se van, haciendo ruido, foro izquierda*).

VILLAMEDIANA. Id con Dios, mordaces. Aunque ni en eso me lleváis la ventaja.

ESCENA III.

VILLAMEDIANA.—ALARCON, QUE ENTRA POR LA DERECHA.

ALARCON. Son mis amigos los poetas. Vamos á agasajarlos, que en honra mía vienen.

(*Hace movimiento de seguirlos: pero le detiene Villamediana*).

VILLMEDIANA. Esperad, glorioso vate, esperad. Mucha priesa lleváis, y no ponéis reparo en pasar de largo, sin preguntar á mi humildísima persona, ni la causa de mi ausencia, ni nuevas de la Jerónima. ¿Tanto puede la vanidad, que más que el amor puede?

ALARCON. Perdóname, Alcorcon: la gloria es sol que ofuzca y deslumbra, y no deja ver lo que nos rodea. Háblame de Jerónima. ¿La has visto? ¿Sabes en dónde se encuentra? ¿Le has hablado? ¿Te ha dicho algo para mí?

VILLAMEDIANA. Calma, calma, enardecido amante. ¡Pues sois atento conmigo! Todo es preguntar por la Jerónima. ¿Alcorcon qué importa? No ha venido al tablado, porque tal vez se rompió un pié, ó le dió tabardillo, ó se descompuso una jiba..... pues que buen provecho haya.... lo único que nos interesa es saber de la Jerónima. ¡Amor, qué egoísta eres! ¡Fueras despreciable, si no te sintiéramos en el alma fuego sublime, y si siendo egoísmo no fueses al mismo tiempo sacrificio!

ALARCON. Verdad es: dime....

VILLAMEDIANA. Pero os esperan los poetas.... la gloria.... los lauros.....

ALARCON. Déjate de poetas y de glorias. Cuéntame....

VILLAMEDIANA. ¿Lo que me ha pasado? ¡Qué bueno sois! Os interesáis tanto por mí, que todo lo dejáis por saber las cuitas del mal forjado Alcorcon.

ALARCON. ¿Pero me dirás algo de Jerónima?

VILLAMEDIANA. ¡Ah! ¡que por ella es por lo que olvidáis los lauros! Y con razon, pues la gloria es humo que el viento se lleva, y es el amor incendio capaz de abrasar en sus llamas á todo el universo. Oídme.

ALARCON. Impaciente escucho.

VILLAMEDIANA. Cuando se llevaron á la Jerónima, os ofrecí emplear en su favor cierta influencia eclesiástica de un mi pariente. Anduve á

salto de mata, y de aquí para allá, hasta conseguir verla. Logré al fin penetrar en su calabozo.

ALARCON. ¿Le hablaste?

VILLAMEDIANA. Si á eso iba yo, ¿cómo no había de soltar la sin hueso? La encontré estudiando su papel de *La verdad sospechosa.*

ALARCON. ¡Jerónima!

VILLAMEDIANA. Díjome que la acusaban de irreligiosa. Corrí á Búrgos, y la autoridad eclesiástica certificó que jamas mujer más santa y más devota había residido en la ciudad. Fuí á ver.....es decir, hice que mi pariente fuera á ver al Rey; y por fin anoche se le mandó poner en libertad. Toda la mañana he andado de trasiego para que la órden se cumpliese.....

ALARCON. ¿Y está libre?

VILLAMEDIANA. Aquí la tenéis.

(En ese momento aparece Jerónima por la izquierda, y se lanza á los brazos de Alarcon).

ESCENA IV.

ALARCON.—JERÓNIMA.—VILLAMEDIANA.

JERÓNIMA. ¡D. Juan!

ALARCON. ¡Mi Jerónima!

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Mútis, señor apuntador, mútis. Decididamente el amor es egoísta; nada más que es el egoísmo de dos. Mútis, mútis.

(*Se va por la izquierda*).

ESCENA V.

JERÓNIMA.—ALARCON.

(Jerónima siente un desfallecimiento, en el cual debe expresar á la vez su debilidad física y su grande emocion moral. Se apoya en la mesa, y se deja caer en el sillon).

ERÓNIMA. ¡Ah! ¡Volver á la vida, para morir! ¡Tornarte á ver, para que se apague la luz de mis ojos! ¡Tenerte otra vez á mi lado, cuando ya siento que mi alma extiende sus alas para volar de este mundo!

LARCON. Calla, calla; tú estás loca. ¿Cómo puedes decir eso, si es imposible?

ERÓNIMA. ¿Verdad que es muy triste?

LARCON. Es muy triste: calla.

ERÓNIMA. Niña, no conocí á mis padres. El látigo de un histrion acarició mi niñez. Entrada en la mitad de la corriente de la vida.... ¡Ah! no..... no quiero recordarlo..... es una infamia..... infamia espantosa..... Don Juan, arráncame de la frente la memoria.. Recuerdos, sois como la losa del sepulcro... al levantaros, se siente fetidez... Déjame, Juan.... ¿no sientes el ambiente de los muertos?....

LARCON. Tranquilízate. Mírame á tu lado. Va á comenzar pronto la representacion, y vamos á compartir vítores y lauros.

RÓNIMA. (*Que despues de su exaltacion, muestra decaimiento*). Es verdad... es verdad.... he venido á estrenar tu comedia.... Cuando entré en el calabozo, la humedad y el miedo, los dos fríos del cuerpo y del alma, fueron como veneno para mi quebrantada salud.... Desde entónces siento que me muero..... Pero tenía yo una lámpara..... apénas alumbraba..... yo adivinaba tus versos.... y los leía.... y estudiaba..... Sé muy bien mi papel... Lo voy á hacer muy bien.... Vas á quedar contento.... Nos aplaudirán mucho..... mucho.... Y despues.... despues....

ARCON. Vamos á tu aposento; reposarás un instante. Verás como cobras fuerzas.

RÓNIMA. Vamos. (*Ya que van á desaparecer por la izquierda, le dice á Alarcon con acento exaltado:*) ¡Te ámo!

(*En el momento que van á salir, aparecen por el fondo izquierda Jusepa y Figueroa: ambos se sorprenden de verlos; oyen las últimas palabras, y se adelantan al proscenio*).

ESCENA VI.

JUSEPA.—FIGUEROA.

FIGUEROA. (*Con asombro*). ¡Jerónima aquí!

JUSEPA. (*Con cólera*). ¿De qué habéis servido entónces? ¿Para qué sir la Inquisicion? ¿Para qué el Sr. D. Lope de Vega?

FIGUEROA. Si no comprendo.....

JUSEPA. ¡Y yo os he dado mi amor! ¡~~yo he engañado á mi marido p vos~~! Solamente las consideraciones de ser mujer, tienen atan las manos de mi justo enojo. Y vendrá la bachillera quitarme el papel en el día del estreno..... La aplaudirá y con los aplausos aumentará el amor del indiano..... N no.... quitaos de mi presencia, Figueroa; que dicen que amor todo lo puede, y vuestro amor no sirve para nada.

FIGUEROA. Estoy buscando un recurso que todo lo remedie.

JUSEPA. ¡Pues no es mentecato el poeta! Beber los vientos por una dar entecada, que tiene voz de chirimía, y que suspira como fu lle de órgano. Y luégo, si inclinado de su estrella, hubie caído preso en los encantos de una jóven virtuosa y honesta. Pero la Jerónima es una buscona. ¿Ni qué otra cosa poc ser? ¿Quién ignora sus aventuras con el Sr. Lope de Veg Bien lista que fué entónces *la dama boba*.

FIGUEROA. *Eureka*. Prométeme obediencia en todo. He encontrado el n do de que ambos seamos vengados. No cabe en mis mien verla libre de las garras de la Inquisicion. Pero yo le daré o verdugo más terrible.

JUSEPA. ¿Cuál?

FIGUEROA. El mismo D. Juan.

JUSEPA. Explicadme.....

FIGUEROA. Despues. Ahora no hay tiempo que perder. Lo que importa que en todo me obedezcas. Lláma á D. Juan, de parte de caballero que le busca.

JUSEPA. Voy. (*Hace movimiento de irse*).

FIGUEROA. ¿Pero te vas, sin que mis labios sellen en tu mano la paz de nu tra querella?

(*Se vuelve, y al besarle Figueroa la mano, entran por la quierda y lo ven, Morales y Villamediana*).

ESCENA VII.

JUSEPA.—FIGUEROA.—MORALES.—VILLAMEDIANA.

VILLAMEDIANA. Recio besáis, señor doctor.

MORALES. (*Que hace movimiento de precipitarse*). ¡Ah! ¿sois vos, Sr. de Figueroa? Respiro. Sé cuanta es vuestra severidad de costumbres, y estoy tranquilo.

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Es igual á todos los maridos.

FIGUEROA. Beso era de respeto, y de pláceme por el próximo triunfo.

JUSEPA. Ni que otra cosa ser pudiera.

MORALES. Jusepa sabe, quesi no por amor, por terror debe ser honesta. Que me falte, y la mato.

VILLAMEDIANA. No sería ésa, virtud. Á lo ménos, júzgalo de tal suerte Góngora, en el siguiente soneto:

"Si por virtud, Jusepa, no mancharas
El tálamo consorte del marido,
Otra Porcia de Bruto hubieras sido,
Que, sin comer, sus brasas retrataras.
Mas no es virtud el miedo en que reparas,
Por la falta que encubre tu vestido;
Pues yo sé que sin ella fueras Dido,
Que á tu Siqueo en vida difamaras.
No llames castidad la que forzada,
Hipócrita, virtud se representa,
Saliendo con su capa disfrazada.
Jusepa, no eres casta; que si alienta
Contraria fuerza á tu virtud cansada,
Es vicio la virtud cuando es violenta."

Por supuesto, que son calumnias del de Argote.

JUSEPA. Empalagoso estáis con vuestros sonetos, señor.....

VILLAMEDIANA. (*Interrumpiéndola*). ¿Qué?

JUSEPA. Alcorcon.

FIGUEROA. No sé cómo el Sr. Morales no os impide tales insolencias.

MORALES. Como es el gracioso de la farándula.....

FIGUEROA. Pues de mí sé, que si las repite en mi presencia, le arrancaré la lengua.

VILLAMEDIANA. Cuidad la vuestra, señor doctor por Salamanca; que la necesitáis para decir necedades. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

(*Se va riendo. Jusepa saluda, y se va por distinto bastidor; pero ambos por la izquierda*).

ESCENA VIII.

FIGUEROA.—MORALES.

FIGUEROA. (*Que ha estado un momento pensativo, como buscando una idea*). Morales, hacéis bien en confiar en mí; pero desconfiad de algun otro.

MORALES. ¿De quién? Explicaos.

FIGUEROA. Corcovado es el poeta; pero nadie ignora que tiene gran partido con las damas.

MORALES. Me hacéis sospechar. ¿Por qué me trajo su comedia, y no la llevó al corral de la Cruz?

FIGUEROA. Por acercarse á Jusepa, sin que en ello paráseis la atencion.

MORALES. Y cierto es que Jusepa tuvo grán empeño en que se representase, y en que la prefiriera yo á otras muchas y muy buenas que me ofrecían.

FIGUEROA. Todo el mundo ha reparado en ello.

MORALES. Pues yo alejaré al poeta, áun cuando no deba dar otra vez su comedia. Pero permitidme que vaya á ver que alimenten bien de manteca los mecheros, que ya se va llenando el corral, y se acerca el momento de la representacion. (*Se va por la derecha*).

FIGUEROA. Ve en paz, marido celoso; que tú, sin saberlo, me ayudarás á triunfar.

ESCENA IX.

ALARCON.—FIGUEROA.

LARCON. *(Al ver á Figueroa, se detiene, y hecha mano al puño de la espada).* ¡Ah! ¿sois vos quien viene en mi busca? ¡Vive Dios! que de ello me huelgo, pues sin descanso os he buscado para mataros. Salgamos.

IGUEROA. Ved que se va á comenzar vuestra comedia.

LARCON. La honra es lo primero, señor doctor.

IGUEROA. Primero es la razon, señor licenciado; y es necesario que me oigáis un momento. Con las lenguas se entienden los hombres.

LARCON. Entendámonos con las lenguas de acero de nuestras espadas.

IGUEROA. Despues, si insistís: os lo prometo. Pero ántes escuchadme.

LARCON. Sed breve.

IGUEROA. No os oculto, que por amor al Sr. Lope de Vega, he hecho la guerra á vuestra comedia.

LARCON. Eso no me ofende. Jamas me ha ofendido la envidia, que rastrera de por sí es, y andando por el suelo, no puede alcanzarme.

IGUEROA. Creí que prendiendo á la Jerónima, no tendría lugar la representacion.....

LARCON. Ésa es la injuria: habéis ultrajado á la mujer que ámo.

IGUEROA. No pensé que fuera para vos caso de honra, el amor de una farsanta, que al fin no es más que vuestra.....

LARCON. *(Interrumpiendo).* Callad esa palabra. Así sois vosotros los infames, y sobre infames calumniadores: sois muy pequeños, y no podéis comprender, ni la pureza de una comedianta, ni el amor de un poeta. Creéis que una farándula es un cesto de vicios. ¡Y cómo no lo ha de ser, si venís todos vosotros á infestarla! Tenéis constantemente bajo vuestras narices el aliento mefítico de vuestras bocas, y es imposible que percibáis el puro aroma de los azahares, que por ventura puede haber en un corral. ¡Cómicos! decís; luego vicio. ¡Farsantes! gente de vida alegre. Y yo digo: ¡Farándula! misterio de sacrificios, abismo de lágrimas. Con las estúpidas carcajadas, de vosotros los que venís á reír con los comediantes, se podría formar un huracan que barriera el mundo. ¡Con el llanto que vierten en silencio los que os hacen reír, se podía hacer un Océano que

inundara toda la tierra! Los comediantes son la realidad, porque ellos, como la realidad, son el dolor. Vosotros sois la farsa, con vuestras galas y golillas, con vuestros agigantados y holandescos canjilones, y vuestros cerebros almidonados con estúpida vanidad: esclavos siempre, en vuestro cuerpo por no ajar vuestras golillas; en vuestra alma, por no ajar vuestro orgullo. ¡Hablad ahora del genio de la escena, farsantes silbados!

FIGUEROA. Perdon os pido; pero como las antiguas costumbres de la Jerónima.....

ALARCON. ¿Qué decís?

FIGUEROA. Para nadie es un misterio que tuvo deslices con el Sr. Lope de Vega.

ALARCON. ¿Con él?

FIGUEROA. Hacia el año 13 le abrió en Segovia su cámara en las altas horas de la noche.

ALARCON. ¡Si es imposible!

FIGUEROA. Preguntadlo: nadie lo ignora; nadie me desmentirá. ¿Y ahora creéis justo el reñir?

ALARCON. Si es una calumnia, os mato.

FIGUEROA. Me encontraríais á vuestras órdenes. (*Yéndose por la izquierda; aparte*). Agreguemos al oprobio el escándalo. Hagamos venir, en primer lugar, á la Jerónima.

ESCENA X.

ALARCON, SOLO.

(*Se cruza de brazos, y fija la vista en el suelo*).

Amor..... sueño..... Virtud.... mentira..... Gloria.... palabra que arrebata el viento.... Inmortalidad.... ¡festin de gusanos en el atahud de un cadáver!

¿No hay, pues, nada en la tierra? ¿Es engaño el sol que alumbra nuestros ojos? ¿Es burla la pasion que arde en el alma? ¿La pluma del poeta no es pluma de ala para volar al firmamento? ¿La espada del caballero es fierro inútil ó criminal instrumento de venganza? ¿Sirven tan sólo las manos para asesinar, y el corazon para que nos asesinen?

Huír del mundo..... sí..... ¿Entrar en un claustro?..... ¿Para qué?.... Entraría en el claustro con mi corazon.... con este reptil que vive enroscado, aquí, dentro de mi pecho.... y que por las venas hace cundir su venenosa baba..... Sin corazon no es posible la vida..... ¿Y acaso es posible la vida, teniendo corazon?

Corazon, corazon mío, yo te creí perla encerrada en las dos conchas de mis jorobas.... ¡y eres ridículo é infamia por dentro, como por fuera son mis jorobas ridículo é infamia!

(*No acoto este monólogo: el talento del actor lo detallará*).

ESCENA XI.

ALARCON Y JERÓNIMA.

(*Alarcon ha quedado pensativo y sombrío. Jerónima entra cariñosa, aunque presa de la melancolía de su enfermedad. Viene ya en traje de carácter para la comedia*).

JERÓNIMA. Mi D. Juan, ¿me llamabas?

ALARCON. Señora.....

JERÓNIMA. ¿Qué tienes? Severo está tu rostro: fría tu mirada como hoja de puñal.

ALARCON. Sentaos, señora. Quiero consultar vuestro parecer sobre asunto tan grave, que pudiera en ello irme el ánima y la vida. (*Se sienta Jerónima. Alarcon de pié*).

JERÓNIMA. Te escucho.

ALARCON. Cuéntase que no ha muchos años había una jóven comedianta vencida por las fuerzas poderosas de amor; de amor, digo, inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado, capaz de atropellar designios buenos, intentos castos y proposiciones discretas. Era la dama algo atrevida, y algun tanto libre y descompuesta. Parece, que cansada de llevar la nave de su ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diese en un bajío que la destrozase toda. Y dícese que una noche oyó infames coloquios de un gran señor y gran poeta; y en vez de que tales pláticas hicieran brotar indignacion á raudales en su pecho, alzó una gran risa..... y desenvuelta.... y cortesana impúdica.... no levantó á la siguiente mañana su frente de azuzenas..... que ocultaba á la luz entre almohadones su rostro mancillado. ¿Sabéis esa historia, señora?

JERÓNIMA. No te comprendo..... no quiero comprenderte.....

ALARCON. Más tarde, vióla en una alborada de Primavera, un hombre feo de cuerpo.....

JERÓNIMA. Hermoso de corazon.

ALARCON. Parecióle ver salir el sol, tan alegre y regocijado, barriendo el cielo de las estrellas y bordando las nubes con diversos colores, que no se podía ofrecer otra cosa más alegre y más hermosa á la vista.

JERÓNIMA. ¡Ah!

ALARCON. Crédulo era aquel hombre como el amor; ciego como él; niño como él. Con loca adoracion se entregó á aquel ángel; pues ángel, no mujer, se le antojaba. ¿Y cómo pagó ella tanto cariño? Le engañó.

JERÓNIMA. No.

ALARCON. Sí, miserablemente.

Decidme, señora, ¿sabéis quién es la comedianta que abrió las puertas de su cámara y de su honor al Sr. Lope de Vega?

JERÓNIMA. Yo: mátame.

ALARCON. ¿Mataros?..... no..... Las venganzas castigan, pero no quitan las culpas.

¿Y conocéis, señora, al hombre engañado, con engaño tal, que creyó cielo el infierno y luz las tinieblas?

JERÓNIMA. ¡Por Dios!..... óyeme.....

ALARCON. Si habéis sido, como farsanta del tablado, farsanta del amor.

JERÓNIMA. (*Poniéndose de pié*). Óyeme, te digo. Y despues, si mi sangre puede limpiar tu mancha, tómala, que es tuya toda.

ALARCON. Hablad.

(*Media pausa*).

JERÓNIMA. (*Con tristeza y decision*). Gloria de los corrales, encanto de los mosquetes, mirábame aplaudida y vitorcada. El peso de mis coronas había levantado mi frente. Ya no podían abajarse mis ojos. Yo necesitaba amar á un rey, á un actor ó á un poeta. Encontré en mi camino mi perdicion. ~~Lascivia~~ en vez de amor. Engaños en lugar de la fe prometida. Vanidad en cambio del misterio de un santo cariño. Como severo juez que condena á muerte al criminal, maté yo mi alma, maté mi corazon. Juré vivir atada al arte, como presidiario á su cadena. La muerta te vió un día, y se animaron de nuevo mi corazon y mi alma. Solamente un Dios puede dar otra vez la vida al cuerpo que se pudre en el sepulcro; y tu mirada, como la de Dios, dijo á mi vida muerta: "levántate y áma." Mi corazon que ya no sonaba sino con el pausado palpitar del toque de difuntos, se movía precipitadamente en mi pecho como repique de alegría. Mi alma despertaba de su sueño, y olvidaba lo pasado, como se olvida una espantosa pesadilla. Parecióme que por primera vez existía. Yo era tinieblas; pero tú eras luz tan inmensa, que mis tinieblas tambien alumbraron. Parecióme mi alma blanca paloma, porque era tu alma pura la que en mí veía. Parecióme el sonar de mi corazon risa inocente de niño, porque era tu corazon sin mancha el que yo oía en mi pecho. Á fuerza de mirarme en los límpidos cristales de tus ojos, me vi blanca y pura.... y ¡te amé con delirio!

(*Pausa*).

ALARCON. Sigue.

JERÓNIMA. Un día oí decir que te casabas con tu prima Doña Ana Bobadilla.... y sentí celos..... celos horribles.... Fueron el cauterio que me despertó de mi letargo..... Iba á gritar con gemidos de quejas..... y comprendí que ni quejarme podía..... La mujer manchada es raso que no sirve ya para aderezarse..... Y te huí..... ¡Desgraciada de mí!..... No pude llevarme ni mi alma ni mi corazon.... Junto á tí se quedaron..... ¿No sentías á veces á tu lado como suspiros y aleteos?

(*Pausa*).

ALARCON. Sigue.

JERÓNIMA. Se representó tu divina comedia *Las paredes oyen*: vine á verla. Aquel fué mi castigo. Tú eras D. Juan: Doña Ana tu prima.

Salí desesperada.... llorando..... loca... y no te había vuelto á ver jamas.... Mi cuerpo, que era la infamia, estaba léjos de tí..... ¿Qué más podía yo hacer? ¿Por qué me hiciste venir? ¿Por qué?

Hoy siento ya que la muerte se acerca..... Tú me mátas: gracias.... Al fin volaré libre á otras regiones.... gracias.... gracias....

(*Se deja caer en el sillon. Alarcon se le acerca. En ese momento aparecen los poetas y comediantes*).

ALARCON. ¡Jerónima!

ESCENA XII.

DICHOS Y FIGUEROA QUE SALE CON LOS POETAS.—DESPUES MORALES, JUSEPA, LOS COMEDIANTES Y VILLAMEDIANA.

QUEVEDO. ¿En dónde está el poeta?

ALARCON. (*Separándose de Jerónima, y fingiendo alegría*). Señores..... muy agradecido..... á que vengáis..... por aquí.....

MONTALBAN. Pero algo os pása, D. Juan: estáis cadavérico.

MIRA. Contadnos.

BARBEDILLO. Somos vuestros amigos.

CLARAMONTE. Si de algo servimos.

VÉLEZ. Disponed de nosotros.

FIGUEROA. Pálido está nuestro querido D. Juan, de verse engañado de una vil aventurera.

JERÓNIMA. (*Aparte*). Me siento morir.

ALARCON. ¡Callad por los cielos!

FIGUEROA. No: quien os ha engañado, merece no solamente vuestro desprecio, sino el de todos los que os queremos.

JERÓNIMA. (*Poniéndose de pié, con altivez á Figueroa*). ¡Infame!

QUEVEDO. ¿Es ella?

~~BARBEDILLO.~~ ¡La Jerónima!

MONTALBAN. No es la primera zorra que desuella.

Vélez-

~~MIRA.~~ ¿Qué dirá Lope?

~~VÉLEZ.~~ Al fin mujer.

CLARAMONTE. Y comedianta.

ALARCON. (*Aparte*). Me máta la vergüenza.

JERÓNIMA. (*Aparte*). El dolor me asesina.

MORALES. (*Entrando por la derecha*). Despejad: el corral está lleno; el público se impacienta; oídle: va á comenzar la representacion.

(*Se oyen dentro ruido y palmadas*).

JUSEPA. (*Que entra por la izquierda con los comediantes*). Ántes, mi señor esposo, lanzad á esta mujerzuela que provoca escándalos en el corral.

(*Los poetas se han acercado á Alarcon, como consolándole*).

JERÓNIMA. (*Que se pone de pié, y vuelve á caer en el sillon*). ¡Mujer cruel!

MORALES. Despejad. Se hace tarde.

(*Se oyen aplausos*).

JERÓNIMA. (*Quiere andar, y no puede*). Por piedad.....

FIGUEROA. (*Con burla*). ¿No hay un caballero que dé el brazo á esta ~~casta doncella~~? dama?

ALARCON. (*Adelantándose*). Yo.

JUSEPA. Podíais tener un disgusto con el Sr. Lope de Vega.

ALARCON. (*Retrocediendo*). ¡Oh!

VILLAMEDIANA. (*Entrando*). Dadme el brazo, señora.

MONTALBAN. El otro....

FIGUEROA. El apuntador.....

~~MIRA.~~ El gracioso....

VÉLEZ. Sin gracia.....

QUEVEDO. ¡Un hombre noble!

TODOS LOS POETAS, MÉNOS FIGUEROA. Es verdad.

ALARCON. (*Aparte*). Más noble que yo.

JUSEPA. (*Aparte*). ¡Oh rabia!

FIGUEROA. (*Con ira*). Bien por vos, que protegéis á la farsanta hundida en el fango de torpes liviandades.

VILLAMEDIANA. No: á la mujer caída, que se redime y levanta á los cielos, por el amor: ¡á la grandeza de la debilidad!

(*Todos se hacen á un lado. Alarcon deja caer la frente. Jerónima se va con Villamediana, dirigiéndole una mirada. Se oyen fuera aplausos y ruido*).

TELON.

ACTO TERCERO.

a misma decoracion. Ha concluido la representacion de "La verdad sospechosa".

ESCENA I.

TODOS LOS PERSONAJES RODEAN Á ALARCON. SOLAMENTE FALTA JERÓNIMA.

UEVEDO. Salve, portentoso ingenio venido del Anáhuac, y que creyérase rico filon de aquellas nuevas y felices regiones, segun es vuestra musa veta del oro de la moral, de la galanura del lenguaje y de la inspiracion poética.

ORALES. Jamas se pondrá en zancos en el corral de la Cruz comedia tan levantada como la de vuesa señoría. ¡Pobre Pinedo! ¡Cómo la escuchaba, no con aquel contento que el público entusiasmado, sino con toda melancolía y tristeza!

GUEROA. Verdad es que la comedia tenía por guía y adalid á la hermosura, pues nunca Jusepa se ha presentado más bella y más galana.

LLAMEDIANA. Advierto que solamente el poeta está triste, y parece arrancársele el alma.

LARCON. No: feliz me encuentro en este instante; que es la gloria pasto de grandes y esforzados pechos, y aliento de empresas pode-

rosas. De ver es como el poeta sueña con su creacion, la cual en el principio se dibuja en la inmensidad de su cerebro lejano punto negro; así como en la inmensidad de los mares, es nuncio de la tormenta parda nubecilla que desde el horizonte quiere ya iluminar el cielo con luz de relámpagos. Idea y nubecilla vanse extendiendo, y toman forma y colores; y volando veloces con extensas alas, invaden la bóveda de la cabeza y la bóveda celeste. Surgen entónces incendios de luz y de fuego; se escuchan truenos espantosos y gritos de inmensa pasion; y el alma aterrorizada, pero dominada en el mismo punto por sublime recogimiento, mira con asombro que en el firmamento ruge una tempestad y en el teatro un drama. Dios contempla con satisfaccion su drama. El poeta observa como en éxtasis su tempestad. Dios y el poeta han creado dos luchas titánicas, la desesperacion de los elementos y el combate delirante de las pasiones. ¡El poeta es un Dios!

MORALES. Juzgo, caballeros, que recibiréis gusto en catar algunas botellas jerezanas en honra del vitoreado autor. Preparado está espacioso aposento para ello.

VILLAMEDIANA. Vayan vuesas mercedes á trocar su hambre en hartura y su sed en refrigerio, que comparados y contrapuestos los trabajos de esta vida con los ratos de holganza y de buena ventura, tengo para mí que no queda mucho por que quejarse de la suerte.

JUSEPA. Vamos, señores.

TODOS. Vamos.

(Se van por la izquierda todos, ménos Villamediana).

ESCENA II.

VILLAMEDIANA, SOLO.

¡Así pasan las glorias del mundo! En este tablado, poco ha templo de la poesía y trono del genio, queda solamente el bufon mudándose en cortesano. *(Se va quitando el disfraz).*

Léjos de mí, oh tú peluquin más áspero que el mismo doctor D. Cristóbal Suárez de Figueroa. A la tumba. *(Lo arroja en la concha).* Á la tumba tambien vosotras, gafas tan grandes como las de Quevedo; pero que no habéis visto traspasar vuestros cristales por las miradas de su genio, como relámpagos que atraviesan el vidrio del éter. Á la tumba vosotras, jibas espantosas, que no sois como las de Alarcon, estuche de un corazon magnánimo. Ahora tomemos mi sombrero, mi capa y mi espada que de antemano preparados tenía. (*Se acerca al bastidor, los tóma y se los pone*). He aquí al bufon convertido en cortesano; pues es tan fácil como cambiar á un cortesano en bufon. Bien es verdad, que yo soy un maldiciente; es decir, un cortesano bufon. Mentira parecerá que haya yo patrocinado el estreno de *La verdad sospechosa*, y acaso el poeta, que lo ignorará siempre, azote la losa de mi sepulcro con satírica espinela. Horrible es el castigo de los maldecidores, pues en su daño hablan mal hasta los hombres más dignos del premio del bien hablar.

Vámonos. ¿Pero y la Jerónima? No puedo partir sin saber lo que de ella ha sucedido. Mas, hacia aquí vienen Jusepa y Figueroa. Paréceme que traen enredo que debe convenirme el averiguar. Los autores de comedias siempre encuentran en este caso una puerta propicia para escuchar. El apuntador, más afortunado, se entra en su concha, para que á su vez los actores le apunten la comedia. El apuntador nació para que le oyeran. ¡Dichoso el día en que él tiene algo que oír!

(*Se entra en su concha*).

ESCENA III.

VILLAMEDIANA.—JUSEPA.—FIGUEROA.

JUSEPA. Pudiéramos ser observados.....

FIGUEROA. No pares mientes en eso, que ocupados están todos en festejar al jorobeta.

JUSEPA. Y ¿qué pretendéis?

FIGUEROA. Juraste ser mía, si conseguía yo que tú, y no la Jerónima, representaras el papel de la comedia nueva.

JUSEPA. Juramento loco fué; ~~pero lo cumpliré leal.~~ La envidia y la venganza ciegan y conducen precipitadamente al abismo del delito, y despues se exige el cumplimiento del crímen en nombre de la santidad del juramento y del honor de la palabra empeñada. ¡Santidad y honor cambiados en instrumentos de infamia y villanía! El ladron busca la ganzúa, el asesino el puñal, el calumniador la mentira, el seductor la falsedad: todos los delitos se nutren y viven con medios reprobados y deshonrosos; y la envidia y la venganza, más hipócritas y más infames, arrastran en pos de sí la honra y el juramento, agregando al crímen el escarnecimiento de la virtud, y la profanacion de lo que es más santo y más sagrado. ¡Crímenes que vestís el ropaje del honor, y qué sucio ponéis ese ropaje!

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Sábenme á indirectas las sesudas palabras de la farsanta.

FIGUEROA. Déjate de chismes y melindres; que sabido es que vosotras las comediantas no sois ricas de virtud sino en el hablar, y que así encendéis una lámpara en el altar á la Vírgen, como una hoguera en el pecho al deseo.

JUSEPA. Si habéis llegado á doctor para conocer tan mal el corazon de la mujer, bien podíais haberos ahorrado el trabajo de las aulas. En todo corazon de mujer hay siempre una palpitacion para el amor, y amor, sacrificio y virtud son una misma cosa, un solo palpitar.

VILLAMEDIANA. (*Aparte.*) Pensativo se ha quedado D. Cristóbal. Ignoraba que el diablo sabe más que un doctor, y la mujer más que el mismo diablo.

FIGUEROA. Bien, no te exijo que me sigas. Quédate en la farándula con la Jerónima y con D. Juan; que cuando haga con ella las paces, como es de costumbre se tornará más amoroso, y le escribirá comedias más galanas que la misma *Verdad sospechosa*. Quédate; que pudiera ser que el poeta, compadecido de tí, te reserve en alguna de sus obras, un papel chocarrero de dueña cincuentona.

JUSEPA. ¡Ah! no. Tenéis razon, y que os sóbra. Ver á D. Juan amarla con desprecio mío.... mirarla aplaudida en comedias para ella escritas con la pluma del genio mojada en la tinta del amor.... ¡nunca!.... Vámonos.

FIGUEROA. Espera. Si desde luégo, y sin más hacer, nos marchamos, quedarán solos y á sus anchas el poeta y la comedianta: es necesario hacer algo que cause escándalo tal que el corcovado sea del corral para siempre despedido, aunque esto le traiga

la desgracia lamentable de que dé en tierra con el suntuoso edificio de sus comedias, y no encuentre despues autor que quiera ponérselas de anteojos al público de la coronada villa.

JUSEPA. ¿Y cómo?

FIGUEROA. Es necesario ademas, que en lo que de hacer hayamos, encontremos motivo para separarle por siempre de la Jerónima, y que si ya no sea él quien por sus antiguas debilidades la huya, sea ella quien se aleje por las nuevas del poeta.

JUSEPA. No comprendo.

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Justo que á más de doctores diablo Figueroa, y hasta ya pienso que pudiera tener algo de hembra.

FIGUEROA. Aquí tienes mesa, papel y tinta, que sirvieron en la comedia, y fueron parte para la gloria de D. Juan: sirvan ahora para su perdicion. Siéntate y escribe.

JUSEPA. (*Sentándose*). ¿Á quién?

FIGUEROA. "Á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza."

JUSEPA. ¿Á él?

FIGUEROA. Sí.

JUSEPA. Ya está.

FIGUEROA. Prosigue. (*Jusepa escribe*). "Dueño mío, te espero en la habitacion que amoroso preparaste para que pasáramos afortunada y feliz nuestra vida. Me he ido, aprovechando la bulla del corral, ~~merced al refresco preparado por el tonto de mi marido, pues parece que de propósito ha dispuesto facilidades para nuestra fuga.~~"

JUSEPA. ¿Y para qué es esta carta? No comprendo.

FIGUEROA. Para que se la des á algun mancebo del corral, que no sepa leer por supuesto, con encargo de que se la entregue á tu marido. Él creerá que por equívoco se la dan, y que ha descubierto un gran secreto. Gritará, lo sabrá la Jerónima, y arrojarán al jorobeta; del corral el autor, y de su pecho tu rival. Fírma.

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). ¡Si el ojo de la Providencia no viese estas maldades! Muéveme á risa, pensar que el conde de Villamediana está haciendo el papel de la Providencia.

JUSEPA. Ya está firmada.

FIGUEROA. Mánda el billete, y espérame en una litera, que al efecto está lista en la callejuela.

JUSEPA. (*Yéndose*). Voy.

ESCENA IV.

FIGUEROA.—VILLAMEDIANA.

VILLAMEDIANA. (*Saliendo de la concha*). Ahora nos tóca á nosotros, señor doctor.

FIGUEROA. ¡El conde de Villamediana!

VILLAMEDIANA. Silencio: mi nombre no debe soñar en corrales ni tablados. Pero ¿me haríais la merced de cambiarme vuestra espada?

FIGUEROA. ¿Mi espada?

VILLAMEDIANA. Sí, doctor; vuestra espada. Creed que no perderéis en el cambio; que es la mía riquísima hoja toledana de la fábrica de Tomás Ayala. Mirad la marca de las dos tes con sus puntos encima, que semejan cruces.

FIGUEROA. No comprendo vuestro capricho; pero quiero satisfaceros el gusto.

(*Cambian las espadas, y envainan*).

VILLAMEDIANA. Pues vais á saber, querido Figueroa, la razon de capricho tan singular.

FIGUEROA. Con curiosidad os escucho.

VILLAMEDIANA. Anda por las calles y plazas de Madrid, y éntrase por salones y academias, un don Bellaco, que en lo presuntuoso le gana á Lope, en lo necio á Montalban, y en lo maldiciente á mí mismo. Se duda si es lacayo de alguaciles ó alguacil de lacayos; lo que sí sé deciros es, que en estos momentos está de alguacil alguacilado. Por razones que á vos no se os alcanzan por ahora, prometí azotarle con vuestra espada, y no se librará, por Dios, el don Bellaco.

FIGUEROA. ¿Y quién es él? ¿Cómo se llama?

VILLAMEDIANA. ¿Pues ya no os lo tengo dicho? Llámase don Bellaco, y por mote le dicen *el doctor don Cristóbal Suárez de Figueroa.*

FIGUEROA. ¡Señor conde!

VILLAMEDIANA. Calma, señor doctor, que áun no comienzo; y desde ahora tenedlo advertido, que pienso zurraros de lo lindo.

FIGUEROA. Pero es ésta, traicion y villanía

VILLAMEDIANA. No, mi querido don Bellaco: villanía es prender y conducir á la Inquisicion á una infeliz mujer de quien ningun mal habéis recibido: villanía ha sido el deshonrarla ante su amante; vi-

llanía es el perder á la desgraciada Jusepa. Ésta, á lo ménos, merecido lo tiene; y por eso he dejado que escriba y envíe la carta que ha de perderla. No me habléis, pues, de villanías, que á villano y bellaco no hay quien pueda ganaros; y esto me mueve, á mí, conde de Villamediana, á cruzar mi acero con vos, no para heriros como si fuerais caballero, sino para apalearos con vuestra propia espada.

FIGUEROA. (*Alzando la voz*). Necesito saber.....

VILLAMEDIANA, No deis voces, que os tendré entónces por cobarde, pues los cobardes sólo saben usar las maldicientes lenguas de sus malvadas bocas: los valientes callan, y hablan con lenguas de acero. Vamos, pues, que se acerca gente, y ya tengo prisa de escarmentaros.

FIGUEROA. Pero.....

VILLAMEDIANA. Id delante, ó como á murciélago os ensarto. (*Sale Figueroa*). ¡Qué trabajo cuesta hacer andar piernas miedosas!

ESCENA V.

MORALES Y JERÓNIMA, QUE SALE APOYADA EN SU BRAZO.— UN CRIADO DESPUES.

JERÓNIMA. (*Sentándose*). No puedo andar. Si lo hubiera podido, no habríase visto saeta más veloz que yo saliendo del corral. ¡Qué horas han pasado para mí, y cómo he derramado lágrimas en el encierro de mi aposento, miéntras duró la representacion! ¡Y yo sentí que el corazon se me saltaba del pecho, cuando al salir de mi prision vi en las esquinas grandísimos cartelones, en que con letras rojas de almagro, decía. "Juan Morales Medrano representa hoy la famosa comedia de D. Juan Ruiz de Alarcon en el Príncipe!" ¡Más me hubiese va-

lido que las letras de su nombre se hubieran escrito con la sangre de mis propias venas!

(Se oyen carcajadas dentro).

Oídlos, Morales: en su loca algazara de mí se olvidan.... ¡y yo siento morirme! Mal hice en rendirle mi corazon, fortaleza de diamante, donde tenía su voluntad cautiva en grillos de oro. Alarcon, ¿de qué te sirve la gloria, si es laurel entrelazado con la ortiga de la ingratitud? Era el mirarle como alegría del cielo; y no pudiendo reprimir el alborozo del alma enamorada, fiábalo al fuego de mis ojos y al arrullo de mis besos. ¡Ingrato, que dió vida á mi sér para darme hoy la muerte!

DENTRO. "¡Vítor D. Juan de Alarcon,
Por su comedia famosa
De *La verdad sospechosa!*"

JERÓNIMA. Sacadme de aquí, Morales: sacadme, por la Vírgen del Pilar.

MORALES. Voy á mandaros preparar una silla de manos; y á buscar á Jusepa, que inquieto estoy de no verla.

UN CRIADO. (*Entrando*). Me encargaron que entregase á vuesa merced este billete.

MORALES. ¿Á mí? ¿quién?

CRIADO. Una dama encubierta, que si se ha de juzgar por lo diminuto del pié, lo torneado de la pierna que descubrió al entrar en la litera, y lo blando de la mano, debe ser de perlas.

MORALES. (*Abriendo la carta*). Veamos.

(Se va el criado. Jerónima está cada vez más decaída, y pierde poco á poco las fuerzas de la vida).

MORALES. *(Demudado).* ¡Cielo santo! ¡Y qué infamia me ha descubierto el error de ese hombre!

JERÓNIMA. ¿Qué os sucede?

(*Se oyen nuevas carcajadas y gritos de alegría, oyéndose el nombre de Alarcon*).

MORALES. Reíd, festejadle, vitoreadle. ¡Mal perjeñado poeta, ladron de mi honra!

JERÓNIMA. ¿Qué decís?

MORALES. Leed la carta que Jusepa le escribe. (*Miéntras sigue hablando*

Morales, Jerónima lee la carta, y hace una escena muda en que manifiesta su dolorosa situacion). ¿Dónde estará? Daría mi vida por saberlo. Fuérala á matar. La mataría al encontrarla. Sí, la mataré. ¿Os burláis, señores poetas, de los celos de Juan Morales? Yo haré tambien mi comedia; ¡pero la mía terminará con sangre!

ERÓNIMA. (*Despues de una desgarradora afliccion, muéstra en su semblante resignacion sublime*). Gracias, Dios del cielo. Si él me engaña, nada le debo, y todo el amor que le tengo, es como dádiva y merced que mi cariño pone á sus plantas.

ORALES. (*Fuera de sí, con voz sombría, y llevando la mano al puñal*). ¡Ah! el cielo me le envía. Justicia me pide mi honra, ¡y tremenda justicia será hecha!

(*Morales se pára observando, y Jerónima se levanta con dificultad, pero con la violencia de la inquietud*).

ESCENA VI.

JERÓNIMA.—MORALES.—ALARCON.

Alarcon atraviesa por el fondo, embozado en su capa, y sin mirar. Morales se lánza sobre él puñal en mano. Jerónima se precipita, y le detiene).

RALES. ¿No ves que te engaña?

RÓNIMA. ¿No sabéis que le ámo?

(*Alarcon se ha vuelto, descubriéndose. Morales deja caer el puñal. Jerónima no puede sostenerse en pié; y se apoya en Morales*).

ARCON. ¡Jerónima! ¡Morales! ¿Por qué empuñabas el acero traidor? ¿Por qué tiemblas al mirarme?

MORALES. Os quería matar.... ¿Qué digo, os quería....? Lo quiero.... Jerónima me detuvo.... ¡Mal hayan los pechos enamorados que no saben de venganzas!

ALARCON. (*Acercándose á Jerónima, que ha ido á apoyarse en la mesa*). Te he dado la muerte, ¿y con la vida me págas?

JERÓNIMA. (*Con severidad, dándole la carta que tóma de la mesa*). Leed, D. Juan. (*Éste la tóma, y lee*).

MORALES. Sí, leed; y decidme entónces si no es mía toda vuestra sangre. Decidme si con Jusepa no ibais á reuniros.

ALARCON. (*Con tranquilidad*). Huyendo del bullicio, pues estoy más para lágrimas que para risas, me retiraba á mi solitaria vivienda, y ni entiendo este billete, ni jamas de amores bablé con Jusepa. Huéleme á traicion tu carta, pobre Morales.

JERÓNIMA. (*Irguiéndose*). Más me huelen á traicion vuestras palabras. Fácil es decirle amores á un corazon desamorado, y ya muerto por la pena. Fácil es decirle á una alma: revive y áma. Y el alma resucita á una vida nueva. y parece que nace sin haber vivido jamas, y es pura, sí, pura como los ángeles del cielo, y como es niña otra vez, otra vez es confiada y se entrega, y otra vez la engañan ¡y la matan!

ALARCON. Pero tu falta.....

JERÓNIMA. Poetas, que no sabéis mirar más que el cuerpo, que no conoceis el amor del alma, que sois como los gusanos que dejan escapar el espíritu para alimentarse de la podredumbre de cadáver, ¡por Dios, no os llaméis poetas: llamaos hombres ¡No es de vosotros la divinidad!

(*Se siente desfallecer; Alarcon va á sostenerla; ella se yergue, se adelanta á la silla, y le dice*): No.

(*Cae en la silla, y Alarcon á sus piés de rodillas*).

ALARCON. ¡Jerónima!

JERÓNIMA. Así..... ¡la calumnia á los piés del martirio!

(*Morales, cruzado de brazos, los contempla sombrío*).

ALARCON. ¡Una palabra, Jerónima: díme una sola palabra!

JERÓNIMA. (*Fuera de sí, y abrazándole el cuello*). ¡Te ámo!

ESCENA VII.

DICHOS.—JUSEPA DENTRO.—DESPUES VILLAMEDIANA.

ORALES. (*Ve hacia los bastidores de la derecha*). ¡Ella! ¡Jusepa!

(*Precipitadamente se baja, alza el puñal, y con rostro iracundo se dirige adentro. Por los bastidores de la derecha se oyen carcajadas de alegría y aplausos*).

JSEPA. (*Dentro*). ¡Perdon!

ORALES. (*Dentro*). ¡Miserable!

JSEPA. (*Dentro*). ¡Ay! (*Lánza un grito de muerte*).

(*Alarcon se levanta violentamente. Jerónima observa con espanto. Morales sale sin el puñal, lívido, con el rostro desencajado y erizado el cabello*).

LARCON. ¿Qué has hecho?

ORALES. Me he vengado.

RÓNIMA. ¡Infeliz Jusepa!

ILLAMEDIANA. (*Entrando con una espada en el cinto y otra desenvainada en la mano, y el rostro cubierto con antifaz*). He llegado tarde.

ORALES. (*Avanza á él, y le dice con voz sombría*): ¿Quién sois?

ILLAMEDIANA. (*Aparte á Morales*). Soy Villamediana. Silencio. Que no sepan mi nombre. (*Alto*). Testigo fuí de la infamia que Jusepa y su amante tramaron para perderos, D. Juan. El amante, por envidia: Jusepa, por celos. Ardiendo en ira, y dejando lo de la carta para despues, pues creía tener tiempo de llegar á punto de aclarar todo, cuidéme de castigar ántes al amante. Cambiamos espadas, y á la luz del farol que alumbra al Ecce Homo, comencé por arrancarle de las manos la mía, que huyó de ellas veloz, por no tener costumbre de ser empuñada por villanos; y despues con la suya le dí de palos hasta ponerle más Ecce Homo que el alumbrado por el farol. Corro entónces en busca de Jusepa, que cansada tal vez de esperar, volvió en busca de su amante.

ORALES. Y encontró al marido vengador. Señor, decidme el nombre de ese infame.

VILLAMEDIANA. Sabes que no soy hombre de delatar á nadie: jamas te lo diré. Guarda su espada, que te la dono, por ser propia para algun cobarde deslenguado, que tenga que hacer en entremes ó comedia el bufon de tu farsa.

MORALES. (*Tomando la espada*). Señor, decidme quién es.

VILLAMEDIANA. Te he dicho que no.

MORALES. (*Yéndose por la derecha*). Yo lo sabré.

ESCENA VIII.

JERÓNIMA.—ALARCON.—VILLAMEDIANA.—DESPUES LOS POETAS Y LOS COMEDIANTES.

ALARCON. Gracias, señor; me habéis justificado.

JERÓNIMA. Ya mi amor lo había hecho; pero siempre lo agradezco á este caballero.

ALARCON. ¿Me podrá decir el de Santiago su nombre?

VILLAMEDIANA. En ocultarle tengo empeño. Disfrazado de Alcorcon he tenido la honra de apuntar vuestra comedia.

JERÓNIMA. ¡Ah! ¿sois vos? Noble debéis de ser, pues noble es vuestra alma.

VILLAMEDIANA. Jamas me descubriré. Al portalon hay una litera en que podéis iros. Yo quedo aquí al cuidado de que entierren á la infeliz Jusepa, y de que no prendan al celoso Morales.

JERÓNIMA. ¡Oh! gracias, gracias. (*Levantándose*). Vamos, mi D. Juan: ya no nos separaremos nunca.

(*Quiere andar, no puede, y vuelve á caer en el sillon*).

Se nubla mi vista.... Se me oprime el corazon.... D. Juan, siento morirme.....

ALARCON. Jerónima, no te acobardes..... Apóyate en mi brazo.

JERÓNIMA. (*Levantándose y apoyándose*). Sí, vamos.... la dicha, una feli-

cidad infinita, eterna, nos espera. Vamos. (*Cayendo en el sillon, dice desesperada*): ¡Pero si no puedo!

VILLAMEDIANA. (*Acercándose*). Lívida está su faz. Alarcon, esto es la muerte.

ALARCON. (*Con angustia*). ¡Esto es que la he matado!

JERÓNIMA. (*Tendiéndole la mano*). Mi D. Juan, no te alejes..... quiero verte á mi lado.... mirar tus ojos.... sentir tu aliento.... así..... así.....

(*Alarcon se ha arrodillado, y le tóma Jerónima la cara con las manos*).

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). ¡Misterios del destino! Encuentra el amor el primer rayo de felicidad, luchando y apagándose entre las sombras de la muerte.

ALARCON. Alienta, mi Jerónima: inefable fortuna nos espera.

JERÓNIMA. Me siento ya sin vida.

(*Se oyen carcajadas dentro*).

VILLAMEDIANA. (*Indignándose al oirlas*). ¡Oh!

JERÓNIMA. (*Comenzando á delirar*). Estaba á oscuras..... y ya miro la luz .... Sí.... allí veo á mi D. Juan, coronado de gloria y de laureles..... ¡á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza!..... Bátenle palmas en el corral los mosqueteros.... Las damas con sus pañuelos desde sus aposentos le saludan.....

(*Se va levantando, sostenida por Alarcon*). Los poetas le traen coronas de laurel..... muchas..... muchas coronas..... Y él.... para que yo repose..... me fórma blando lecho con los lauros de su gloria.....

VILLAMEDIANA. Valor, D. Juan: es el dolor temple de almas grandes.

JERÓNIMA. ¡Cuánta luz!..... ¡Cuánta luz!.... Es el templo de la inmortalidad..... Son sus columnas..... no de mármol..... sino de estrellas..... Es su cúpula..... no de bronce..... sino de soles.... En su frente.... hay inscripcion grandiosa..... escrita con rayos de luna..... que dice..... "Al autor de *La Verdad Sospechosa*..... admirados..... dos..... mun..... dos....."

(*Cae muerta en brazos de Alarcon que se arrodilla*).
(*Entran los poetas y los comediantes*).

CALDERON. ¿Dónde está D. Talegas, que nos ha abandonado?

LARAMONTE. ¿Qué es de Corcovilla?

QUEVEDO. ¿En dónde se esconde D. Juan?

MONTALBAN. Jorobeta.

(*Todos, al observar lo que pása, se detienen asombrados*).

VILLAMEDIANA. (*Descubriéndose*). Señores: allí yace Jusepa, muerta á puñaladas por su celoso marido; aquí acaba de espirar, de enfermedad de amores, la famosa comedianta Jerónima de Búrgos, en los brazos del inmortal autor de *La Verdad Sospechosa.*

(*Todos se descubren*).

QUEVEDO. (*Arrodillándose*). Oremos por los muertos. (*Todos se arrodillan*).

TELON.

Obras Dramáticas del Autor.

Xóchitl, *drama en tres actos y en verso, estrenado en el Teatro Principal el 26 de Setiembre de 1877.*

En dos gabinetes, *juguete cómico en un acto y en verso.*

Bienaventurados los que esperan, *comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el Teatro Arbeu el 30 de Diciembre de 1877.*

La Ermita de Santa Fe, *drama en tres actos y en verso, estrenado en el Teatro Principal el 30 de Diciembre de 1877.*

¡Quien más grita, puede más! *improvisacion en un acto y en prosa, estrenada en el Teatro Principal el 28 de Febrero de 1878.*

El Valle de lágrimas, *drama en tres actos y en prosa, estrenado en el Teatro Principal el 3 de Marzo de 1878.*

Quetzalcóatl, *tragedia en tres actos y en verso, estrenada en el Teatro Principal el 24 de Marzo de 1878.*

Sin esperanza, *drama en tres actos y en prosa, estrenado por la Sra. Pezzana, en el Teatro Principal el 4 de Julio de 1878.*

Fantasca, *ópera bufa en tres actos y cuatro cuadros, estrenada en el Teatro Arbeu el 20 de Diciembre de 1878.*

El Sombrero, *comedia en un acto y en prosa, estrenada en el Teatro Arbeu el 21 de Enero de 1879.*

El Paje de la Virreina, *zarzuela original en dos actos, en prosa y verso, estrenada en el Teatro Arbeu el 23 de Febrero de 1879.*

El Duquecito, *ópera cómica en tres actos y en verso, estrenada en el Teatro Arbeu el 1°. de Junio de 1879.*

La Gitana, *ópera cómica en tres actos y en verso, en ensayo.*

El autor de su desdicha, *drama en tres actos y en verso, en ensayo.*